—ESA MUJER ES VUESTRA: LLEVÁOSLA, PERO VOLVÉDMELA VIVA

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA
Comunidad de Madrid

Juana lanzó un gemido.

—La rabia devoraba mi corazón al ver á la judía y al capitán siempre unidos, prodigándose incesantes caricias, y toda aquella ira reconcentrada convertíase luego en odio hacia ti, causa de todo. Sin ti jamás se hubieran encontrado Esther y Antequera; sin ti yo no la hubiera visto, y, aun viéndola, no la hubiera amado. No, no se hubiera despertado en mí esa pasión maldecida. ¡Ay de ti, ahora, porque en ti me vengaré de todo!

—¡Tened piedad de mi, Aráztegui! ¡Matadme luego!

—Espera aún. Yo era un miserable traidor y no conocía ni el honor ni los remordimientos. A ti debo tan solamente que la vergüenza y el oprobio se me hayan aparecido para martirizarme, cubriéndome de ignominia y haciéndome ver en toda su horrible podredumbre mi villano corazón. Los malvados carecemos de conciencia. Yo estaba contento, ufano, en Madrid. Tú me arrancaste la venda de los ojos y me enseñaste la gangrena que me corroía; tú has hecho que me mire con horror y con espanto. Cuando he visto pasar á Encarnación convertida en princesa he sentido náuseas.

—¡Aráztegui! ¡Os pido por compasión que no me dejéis vivir un momento más!

—Me has atenaceado el alma. Yo era un miserable: ahora soy un condenado del infierno. La traición me engendró y me sostuvo: tú me devolviste la luz del honor y me hiciste sufrir como no haya otro ser en todo el universo capaz de sufrir tanto. Amortajado en aquellas cuatro tablas, toda mi vida se me apareció en su repugnante monstruosidad y me vi tan infame como tú misma.

Juana sollozaba.

—Podemos mirarnos cara á cara: sólo para esto nos es lícito levantar la frente, sólo para esto podemos separar los ojos del suelo. ¡Qué par de infames estamos aquí!

Los lobos aullaban con furia y se veían relucir sus ojos encendidos como tizones en la espesura del bosque.

—Somos dos fieras también, Juana,—siguió diciendo Gaspar López, mirando hacia allí.—Los hombres debieran cazarnos para exterminar seres como los de nuestra raza.

Juana no paraba de sollozar, ahogada en llanto.

—No debiera quedar rastro de nosotros: somos dos traidores que hemos vendido la patria por dinero. Por nuestra culpa han perecido inocentes. Doquiera ponemos nuestro pie, la yerba queda seca.

—¡Matadme!—volvió á decir la mujer.

—¿Qué tormentos no aplicaría Gaspar López al coronel Aráztegui y á Juanilla? Gaspar López, el feroz guerrillero, ¿qué no inventaría en castigo del traidor y de la espía?

—¡Por favor! No sigáis martirizándome: acabad pronto conmigo.

—Siento que no vengan aquí las brujas á celebrar su aquelarre para desposarnos. La mujer de que se ha saciado ese tropel de hombres es la única digna de ser mi esposa.

—¡No tenéis alma!—exclamó Juana.

—Soy como tú. ¡Ea! Complétese mi infamia. ¡Antes de morir he de decirte que eres mi hembra adorada!

Pasó algo monstruoso, tras de lo cual Aráztegui lanzó una carcajada de demonio.

—¡Cómo silba el viento! También él celebra nuestro himeneo. ¡Sírvanos este bosque de nupcial antorcha!

Aráztegui levantó violentamente del suelo á la infeliz y la amarró al tronco de un árbol, formando en su derredor un montón de retama y de hojas secas. Atóse él en seguida al lado de la gitana, quedando libre de los brazos, y pegó fuego á la espantosa fagina. Pronto un vivo resplandor iluminó la cumbre de la montaña. El incendio se propagó velozmente con la violencia del viento, y los dos miserables, envueltos por las llamas, quedaron abrasados, confundiéndose los carbones de sus cuerpos con los tizones de la hoguera.

VI

Allá, muy lejos, desde la carretera, Encarnación Díez vió como ardía el bosque de Arlabán y tuvo miedo.

En la misma época que nos ocupa ocurrían en Portugal los terribles sucesos que conocemos ya por la relación del coronel Gauthier. Digamos ahora que el príncipe de Essling, quebrantado hondamente con el malogro de la empresa que tan confiadamente había creído llevar á feliz término, y viéndose al cabo de sus años en la nunca soñada situación de vencido y humillado, emprendió tristemente la

vuelta de Francia. Génova, Zurich, Ebenberg, todo se oscurecía al recuerdo de Portugal. El *niño mimado de la fortuna* había perdido su última campaña, dejando 40,000 cadáveres ante Torres-Vedras, siendo su única gloria haber podido salvar los otros 40,000. El primer militar del Imperio volvía á Francia sin un laurel, lleno de amargura el corazón.

Ponerse desde Torres-Vedras á Ciudad Rodrigo había sido cosa difícil; pero no era mucho más fácil el camino desde Ciudad Rodrigo á la frontera francesa. El general Foy, que lo había andado, podía dar razón de ello y de cómo en Pancorbo se libró de caer en manos de los guerrilleros, dejando en su poder la cartera y el equipaje.

Massena estaba intranquilo por lo mismo. No se trataba ya de salvar un ejército, sino de tener que velar por la seguridad de una mujer que llevaba siempre consigo y que quería con senil apasionamiento.

Esta mujer era una muchacha como otra cualquiera, algo parecida á la mariscala princesa de Lugano, antes Encarnación Díez.

El 24 de mayo del año 1811 el duque de Rívoli había llegado ya á Vitoria, después de trece días de viaje. Caminaba el mariscal juntamente con un convoy compuesto de unos 150 coches y carros y de más de 1,000 prisioneros ingleses y españoles, custodiados por 1,200 infantes y 200 caballos.

A la madrugada volvió á ponerse en marcha la columna; pero en el instante de subir al coche dióle un vahido á la *maîtresse* del mariscal, y el viejo enamorado dejó que partiese la expedición para atender, ante todo, á la joven que tanto quería.

Alejóse el convoy, y el mariscal se quedó en Vitoria.

A las seis de la mañana pasaba la columna por el puerto de Arlabán. Iba á la vanguardia un escuadrón de húsares y seguían detrás los coches.

Habían salido ya los batidores del desfiladero, cuando, como si hubiera surgido del fondo de la tierra, vióse atacado el convoy por una numerosa partida de guerrilleros.

Era Mina, que se había puesto en acecho para sorprenderlo.

Terrible fué la refriega, que no cesó hasta las tres de la tarde, cayendo prisioneros de Mina personas y efectos. Más de 800 franceses, y entre ellos 40 oficiales, perdieron allí la vida ó cayeron en poder de los españoles. Mina en persona cogió al coronel Laffitte. Parte del caudal y las joyas se destinaron á la caja militar, y lo demás se lo repartieron entre sí los vencedores. Permitióse á las mujeres seguir su camino á Francia y se dió el mejor trato á los prisioneros, á pesar de recientes crueldades ejercidas por el enemigo contra los de la propia partida. Calculóse el botín en más de cuatro millones.

La indisposición de su querida libró á Massena de caer en poder del intrépido D. Francisco Espoz y Mina.

La noticia del hecho produjo un extraordinario acrecentamiento de las guerrillas, disponiendo en su consecuencia el emperador que se formase un gran cuerpo de ejército al mando de Reille y de Musnier para activar la persecución de las mismas; pero el emperador, con ser tan sabio, no había de descubrir el medio de vencer á los que peleaban sintiendo arder en su pecho la sagrada llama del amor á la patria.

El príncipe de Essling salió tiempo después de Vitoria y consiguió atravesar la frontera sin contratiempo alguno.

CAPÍTULO VII

El cerro del Puerco

I

Otros sucesos requieren ahora nuestra atención. Después que, á fines de marzo del año 11, Méndez y Espinosa hubieron dejado al cuidado de Belmonte al marqués Octavio, fuera ya de peligro, dirigiéronse hacia la costa de Huelva con ánimo de embarcarse para Cádiz.

Con sorpresa suya supieron que en aquel entonces se encontraba Zayas en el vecino condado de Niebla, y sin perder momento se encaminaron á su encuentro, logrando dar con él en la isla de la Cascajera.

El bravo general les recibió con los brazos abiertos, no ocultándoles lo disgustado que estaba con Ballesteros, que no sólo no le había secundado, sino que sobornaba á sus soldados para que fueran á engrosar su división.

Viendo que Ballesteros le dejaba entregado á sus solas fuerzas, reembarcóse el general el día 31, calmado el furioso temporal que sobrevino en aquella costa la noche del 27 al 28, tan terrible que no se recordaba otro igual, ni aun el del año anterior, del cual hablamos á su tiempo. No se perdieron barcos de guerra, pero sí infinidad de buques mercantes, siendo lo más sensible que sólo en Cádiz perecieron más de 300 personas ahogadas, á pesar del auxilio de los marinos ingleses, que en aquella ocasión se excedieron en intrepidez, humanidad y pericia.

La división, embarcada en algunos buques de guerra, se encontró en alta mar al mediodía.

—Toda la culpa de lo sucedido la tiene el general Peña,—oyó que le decía á otro un oficial, cuya voz reconoció Espinosa, que se paseaba por la cubierta.

—¿Dónde le he visto á V., teniente?—le preguntó el brigadier acercándose á él.

—Mi brigadier, tuve, hace dos años, el honor de presentarme á V. E. en Oviedo, como ayudante del coronel Díaz Porlier,—contestó el interrogado.—Puede que recordará V. E. al teniente Ramón de Pravia. Cuando Renovales verificó su expedición á la costa del Cantábrico estábamos peleando en los alrededores de Gijón, y al retirarnos, atacados por doble número de enemigos, no tuve más remedio que refugiarme á bordo de los barcos en que iba la fuerza expedicionaria, para no caer prisionero. Seguí con Renovales corriendo la suerte de los demás, y cuando se perdieron la fragata *Magdalena* y el bergantín *Palomo*, con la mayor parte de las tripulaciones, tuve la fortuna de poder salvarme asido de una tabla, hasta que una embarcación inglesa me recogió, llevándome á Cádiz. Fuí destinado al punto al batallón ligero de Alburquerque, y desde entonces he tomado parte en todos los hechos de armas que han ocurrido en esta costa.

—Mucho le agradecería á V., teniente Pravia, me

dijese algo de lo que ha pasado por aquí, porque no ha llegado nada á mi noticia desde que me metí en Badajoz, traidoramente entregado.

—Si no le molesto á V. E. le enteraré, pues, de lo sucedido en Cádiz.

—¡Oh! ¡No! Hable V., que me importa mucho cuanto me refiera.

II

—Asediada Cádiz por el mariscal Victor,—dijo el joven astur,—trató la Regencia de distraer las fuerzas de la línea sitiadora, y, tras de algunos preliminares, salió, por fin, la expedición proyectada, con rumbo á Tarifa, donde llegaron el 27 de febrero después de una feliz navegación. Componíase el ejército de operaciones de una división formada casi toda con gente de la serranía de Ronda, á las órdenes del general Begines de los Ríos, la cual se encontraba ya anticipadamente en Algeciras; de tropas inglesas de Tarifa, al mando de Brown; de las de Graham, y, por fin, de las divisiones de Peña, nombrado general en jefe. Ibamos embarcados en más de doscientos buques, y, pasada revista en Tarifa, se contaron 11,200 hombres, de los cuales 4,000 eran ingleses, con 800 caballos y 24 cañones.

—Conociendo lo meticuloso y pusilánime del carácter de Peña y sus no muy aventajadas prendas militares, no se debía nombrarle para tamaña empresa,—dijo Méndez, que se había acercado al grupo.

—Empezaron á sobrevenir ya desde un principio mil contratiempos. Peña siguió por el peor de los dos caminos que hay para dirigirse á Cádiz desde el puerto de Facinas, después de haber tomado el otro en un principio. El general Zayas, que mandaba en la isla de León, debía obrar en combinación con él; pero, ignorando que hubiese variado de itinerario, no pudo prestarle auxilio alguno; desventura que dependió de haber sido preso equivocadamente por los mismos ingleses el oficial que traía á Zayas la noticia del cambio acordado por Peña.

—¡Fatal equivocación!

—Tenía, además, el general Zayas, el encargo de echar puentes en la embocadura de Sancti-Petri, y así se ejecutó; pero, descuidada nuestra guardia, fué sorprendida de noche por los tiradores franceses, quedando prisioneros muchos de los desprevenidos.

—Merecido lo tuvieron,—repuso Espinosa;—y gracias que el francés no se apoderara de la isla, valido de tamaño desorden y de la oscuridad de la hora.

—Así hubiera podido suceder, en efecto,—contestó Pravia.—Seguimos por Conil para tomar la vuelta de Sancti-Petri, marchando lenta y perezosamente. Todos censurábamos que Peña nos llevase por allí, cuando por el primer camino que habíamos tomado nos apoyábamos en la serranía de Ronda, llena de valerosos guerrilleros, y nos protegían Tarifa y Gibraltar. Supo Victor nuestro movimiento y colocó hábilmente su escasa fuerza; de manera que cuando Lardizábal, que mandaba la vanguardia, creía atacar por la espalda los atrincheramientos franceses, encontróse con la división Villatte emboscada en un pinar. La pelea fué reñida; pero rechazamos al enemigo, quedando franca la comunicación con la isla. Allí se cubrió de gloria el regimiento de Murcia con su coronel D. José María Muñoz, lo mismo que tres batallones de guardias españolas y el regimiento de África, que tomaron parte en la acción.

—¿Conque se pudo romper la línea francesa?

—Sí: el ejército expedicionario y la isla podían darse la mano. Entonces Peña quiso continuar persiguiendo al enemigo por los pinares que van á Chiclana y dispuso que Graham abandonase el cerro del Puerco, donde estaba apostado, y cooperase á los movimientos de la vanguardia, quedando únicamente en el cerro una corta división. Apenas vió Victor que Graham abandonaba aquella posición y aparecía en el llano, dirigió contra él la división Leval, mientras por su parte corría á apoderarse del cerro con la división Ruffin. Posesionado de la cima, que era la llave de toda la posición, interpúsose entre la división que permanecía allí y las fuerzas que habían quedado apostadas en Casas Viejas.

—¡Incomprensible maniobra ordenó Peña!—exclamó Méndez.

—Al verlo Graham comprendió, como todos, que la intención de Victor era arrinconarnos contra el mar y envolvernos por todos lados; por lo cual, dejando de continuar la ruta para reunirse con la vanguardia, contramarchó rápidamente con objeto de recobrar sin tardanza el cerro. A este objeto mandó romper con diez cañones un fuego abrasador contra Leval, encargado de contenerle, logrando mantenerle á raya. Al punto dió orden de arre-

meter la posición de que se habían apoderado los franceses, y embistiendo Dilkies y Brown impetuosamente cuesta arriba, y tras un combate sangriento, porfiado y verdaderamente mortífero, fué suyo otra vez el cerro. Pocas veces he visto un fuego tan nutrido. Cayó mortalmente herido Ruffin.

—¡Ruffin murió! ¡Era un valiente!

—Sí: y á su lado el general Rousseau. La artillería inglesa fué la que causó el mayor destrozo. Los franceses huyeron precipitadamente, y Graham, contento con el triunfo, no juzgó prudente perseguirlos en vista de lo rendidas que estaban sus tropas.

—Así, pues, toda la gloria de la batalla fué para los ingleses,—exclamó Méndez.

—Realmente: los ingleses fueron los que recuperaron la posición; pero al rematar la pelea presentáronse de refresco en auxilio de Graham los de Ciudad Real y los guardias valonas, que acudieron allí sin orden de Peña, movidos tan sólo por su pun-

... fué suyo otra vez el cerro

donor y entusiasmo. Hora y media duró el combate, y en tan breve tiempo perdieron los ingleses más de 1,000 soldados y 50 oficiales y los franceses 2,000 y 400 prisioneros, además de sus dos generales, muertos en la refriega.

—¿Y qué hizo nuestra caballería al ver la dispersión del enemigo?

—Nada absolutamente. D. Santiago Witthingam alegó la excusa de que había tomado por franceses á los españoles que habían quedado de observación en Casas Viejas. ¡Lástima de equivocación, teniendo, como tenía, 800 caballos á sus órdenes! Sólo unos 200 húsares ingleses, al mando de Ponsomby, embistieron á los fugitivos.

—¿Y qué fué de la vanguardia de Lardizábal?

—Siguió peleando con la división de Villatte, quedando también herido este general. Ya veis que los franceses no fueron muy afortunados aquel día. Nosotros perdimos unos 400 hombres é igual número Villatte. Terminada la batalla, empezaron los disgustos entre Graham y Peña. El inglés se mostró quejoso y ofendido, con razón, de que el señor de la Peña no se hubiese movido de donde estaba, cual si tuviera miedo de alejarse de Sancti-Petri, cuyo puente se había reparado, pasándolo el general Zayas. Disculpóse Peña alegando que ignoraba la contramarcha de Graham para recobrar el cerro del Puerco del poder de Ruffin; pero esa excusa era

harto inocente, pues todos se habían fijado en el cañoneo que se oía en aquella parte. Si Peña hubiese acudido como debía, hubiéramos podido destrozar completamente al enemigo en su desordenada fuga. Graham, altamente resentido, metióse en la isla, resuelto á no salir más fuera de las líneas. Peña no se atrevió á hacer nada por sí solo, y así entramos el 7 de marzo en Sancti-Petri, á los nueve días de haber salido. Nada se alcanzó con esta expedición, pues Victor, viendo que nadie le molestaba, volvió al día siguiente tranquilamente á Chiclana, ocupando de nuevo todos los puntos de la línea y reforzándolos en lo posible.

—¡Lástima de resultado! Verdaderamente se dejó perder una ocasión segura de hacer levantar el sitio. Peña se portó malísimamente, y merecía se le castigase con toda severidad por su inepcia y falta de brío.

—Harto castigado quedó con el clamoreo que se levantó contra él. Quedó probado que el mal éxito de la expedición fué debido á la irresolución y á la desconfianza que de sí mismo abrigaba. Graham, sobre todo, mostróse irritadísimo, sin que nada bastase á aplacar su enojo. Ahora está la cuestión á informe de una junta de generales para que decidan si hay motivo para proceder contra Peña; pero de seguro que se dirá que no resulta nada y que se portó como entendido jefe.

—De seguro que eso dirán,—repuso Méndez,—si es que aun no le premian y le dan la gran cruz de Carlos III.

—Es lo más probable, dada la protección de que disfruta,—replicó Espinosa.

III

—Las consecuencias del malogro de la expedición fueron más graves de lo que era de esperar,—continuó diciendo el antiguo ayudante de Porlier.—Los franceses reanudaron el bombardeo, aunque con poco daño, y esas mismas desgracias del otro dia, esos naufragios y esas muertes, se deben achacar á Peña, que es lo que V. E. me ha oído decir cuando se ha servido preguntarme. Sí; porque si Peña hubiese conseguido levantar el sitio de Cádiz, como podía y debía, los barcos hubieran fondeado en sitio de mayor abrigo y no hubieran estado tan expuestos. Gracias á su impericia han tenido que deplorarse tantas desdichas.

—Y esa expedición al condado de Niebla ¿á qué vino?

—La Regencia tomó esta decisión para ver de compensar el malogro de la empresa de levantar el cerco y para distraer al enemigo del sitio de Badajoz, cuya capitulación se ignoraba todavía. Salimos el 18, llegamos el 19 á Huelva, conseguimos arrojar de Moguer á los franceses, y nos disponíamos á internarnos, cuando supimos que les habían llegado refuerzos de Extremadura. Nos reembarcamos entonces, en vista de que no venía á juntársenos Ballesteros y de que el francés nos apretaba de cerca; pero como todo debió hacerse precipitadamente, tuvimos que abandonar caballos, sillas y arreos, dando fondo en la isla de la Cascajera. Muchos de los caballos, entregados á su generoso instinto, pasaron á nado el brazo de mar que les separaba de sus dueños, y son los que veis ahora á bordo de estos buques.

Los barcos navegaban viento en popa, y en la madrugada del 2 de abril desembarcaban en Cádiz los expedicionarios, á los quince días de haber salido.

El brigadier Espinosa y el teniente coronel don Enrique Méndez se presentaron al general Blake, presidente de la Regencia. El digno patricio abrazó á sus compañeros de armas y recordó al brigadier sus proezas en la infausta jornada en que peleó á sus órdenes.

CAPITULO VIII

Un periodista de antaño

I

MÉNDEZ encontró muy cambiada la ciudad de cuando salió, poco después de la partida de Alburquerque, en los primeros meses del año anterior, 1810.

La sorpresa que recibió Matilde al sentirse de nuevo en brazos de su esposo casi fué superada por la que le causó la presencia de Espinosa, al cual no había vuelto á ver desde cuando partió de Hamburgo para España.

El brigadier encontró á Matilde más bella que nunca, habiendo añadido á su hermosura de siempre la gracia incomparable de las moradoras de Cádiz.

Muchas horas pasaron dándose y pidiéndose noticias unos á otros. Matilde dió muestras de discretísima delicadeza al hablar de Rosario, lo cual le agradeció profundamente Espinosa. Viva alegría les causó á todos saber que Garroyo y Petra se hallaban reunidos y que el bravo comandante seguía cubriéndose de gloria á las órdenes de Villacampa, según cartas que habían venido por Valencia.

No tardaron Espinosa y Méndez en ser invitados á las diversas tertulias de que hablamos en otra ocasión, y aunque Méndez no fué nunca á ninguna, entregado enteramente al placer de estar al lado de su esposa, concurrió á varias el bizarro brigadier, siendo en todas partes cumplimentado y obsequiado extraordinariamente en atención á la fama de que venía precedido.

Una de las noches en que concurrió á la tertulia de D.ª Margarita de Virués encontróse con que no habían parecido todavía los habituales concurrentes, estando allí únicamente un joven llamado Ogirando, principal y casi único redactor del periodiquillo *El Conciso,* si bien muy diferente en su lenguaje de como se titulaba su diario. El benemérito escritor satisfizo por completo la natural curiosidad del brigadier respecto al estado de los negocios, relatándole todo cuanto había pasado desde el año anterior; hechos de que se ha hablado ya en esta historia.

Después de haberse despachado á su gusto el digno publicista, hubo de preguntarle Espinosa:

—¿Y qué tal su periódico de V., señor Ogirando?

—Crea V., mi brigadier, que mi publicación *era una necesidad que se dejaba sentir*, pues como las sesiones se celebraban hasta hace poco en la isla de León, era un inconveniente tener que salir de Cádiz para asistir á ellas; y por eso, para que pudiese saberse sin demora lo que pasaba en las Cortes, fundé yo mi *Conciso*, supuesto que el *Semanario Patriótico* había cesado en su publicación y la *Gaceta de Valencia* sólo puede leerse para reir un rato con sus graciosas bufonadas y la manera como satiriza los boletines del ejército francés. Y no me hable V. de

la *Gaceta de la Mancha*, atrozmente escrita y ya difunta; de manera que con mi *Conciso* tiene ahora el público gaditano una guía á que atenerse, noticias de todo lo más importante, y, en fin, un periódico que

—Sí: he leído algunos números y me ha parecido bien su *Concisín* de V.

—Hay que animar esto, brigadier; propagar las ideas liberales, poner cada uno su grano de arena

los límites convenientes á no haber surgido un nuevo personaje de burocrático aspecto y severo rostro, vestido con esmerada pulcritud y armado con unas enormes antiparras que le prestaban todavía más imponente facha.

—Buenas noches, señoras y caballeros,—exclamó con grave entonación.—Aquí podré al menos distraer un rato mi imaginación, verdaderamente agostada con esa continua é incesante reflexión acerca de los importantes problemas de nuestra hacienda.

—No se preocupe V. tanto, D. Germán,—contestó la distinguida señora de la casa;—el señor de Canga Argüelles se basta y sobra á sí mismo para calentarse la cabeza con esos números y esos presupuestos, como ahora dicen.

—Señora,—contestó D. Germán,—no niego la alta capacidad de D. José; pero no crea V. que yo haya dejado de tomar parte, aunque modesta, en la formación de ese presupuesto de gastos y entradas á que V. alude.

—Pues que sea enhorabuena, señor D. Germán.

—Ya sabrán Vds. que, gracias á mis desvelos, se ha podido saber á cuánto sube el importe de los gastos, que es de 7,194.266,839 reales vellón, ascendiendo los réditos á 216.691,473 de igual moneda.

—No, señor: no lo sabíamos,—dijo el hermano de D.ª Margarita, algo sulfurado.

—Y que yo he sido también el que...

—Pero V. no habrá sido, sin duda, el que ha tenido el valor, raro en un ministro de Hacienda, de contar por mucho los gastos y quedarse muy corto en los productos; no habrá sido V. tampoco quien ha fijado las salidas en 1,200.000,000 y los rendimientos tan sólo en 225; tampoco creo haya sido V., de seguro, el que ha escrito este párrafo: «Pero una administración desconcertada de veinte años, una serie de guerras desastrosas, un sistema opresor de Hacienda, y sobre todo la mala fe en los contratos de ésta y el desarreglo de todos los ramos, sólo dejaron en pos de sí la miseria y la desolación, y los albores de la independencia y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los apuros... A pesar de esto, hemos levantado ejércitos, y, combatiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aún el honor del nombre español y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un pueblo decidido que aumenta su ardor al compás de las desgracias.» V. no ha escrito esto: ¿verdad?

—Con la ingenuidad que me caracteriza le manifestaré á V., D. Diego, que es cierto lo que V. dice y que no soy el autor de ese párrafo, que me parece algo irreverente para la gestión administrativa del anterior reinado, ó sea el del señor D. Carlos IV, que Dios guarde.

—Pues Dios haga que ningún ministro de Hacienda del porvenir se vea jamás en el caso de tener que hacer suyas las palabras del actual. Por lo demás, nunca será bastante elogiada la conducta de Canga Argüelles al calcular en tan baja escala los rendimientos, lo cual nada importa para que siga pujante la lucha. No es la nuestra una guerra de gabinete, sino una guerra nacional, y á donde no alcance el gobierno oficial alcanzará el patriotismo de los particulares. Hombres acaudalados dan el fruto de sus propiedades, sus rentas, sus capitales, para el sostenimiento de la fuerza armada; el soldado nada exige y sobrelleva con gusto la miseria, la escasez y las penalidades; y, por fin, poniéndose en juego todos los resortes de la nación, surgen milagrosamente los recursos de todas partes. Nada importa el desfalco que se nota entre lo que debe gastarse y lo que podrá hacerse efectivo: el patriotismo suplirá á todo.

—Sin embargo, yo he sostenido que debería generalizarse el arbitrio de tomar represalias y confiscar los bienes de los infidentes.

—Pues crea V., señor D. Germán,—dijo á este punto un diputado de los más jóvenes, tan joven que debió dispensársele la edad, siendo con el tiempo uno de los más ilustres historiadores españoles contemporáneos,—crea V. que esas represalias y confiscaciones de que V. habla apenas han servido más que para arruinar familias y alimentar la codicia de gente rapaz y de curia. Hay que borrar esa legislación, herencia de edades bárbaras, buena sólo para que la empleen los hermanos Bonaparte. Hemos de obrar con lealtad y nobleza, y así procederemos siempre. Ya hemos dado el primer paso para restablecer nuestro crédito en el mero hecho de reconocer solemnemente la deuda pública.

—Sí: se trabaja mucho y bien,—exclamó otro diputado, perteneciente á la comisión de guerra.—Estamos resueltos á restaurar la disciplina militar, cuyo abandono, desde hace largos años, ha sido la causa de la mayor parte de nuestras derrotas. He-

mos adoptado y llevado á la práctica la creación de un Cuerpo de Estado Mayor General, á pesar de la violenta oposición que nos han hecho algunos militares viejos, apegados á añejas costumbres. Así habrá unidad en las operaciones, ramificándose en todos los ejércitos los individuos del cuerpo, pero obedeciendo á un centro común cerca del Gobierno. Blake ha dado muestras de ser un ilustrado general al formar y plantear dicho instituto. Con esto, y con la nueva organización de las juntas provinciales, es de esperar que la guerra cobre nuevo aspecto, sin que deban desanimarnos nunca los reveses.

—¿Y qué se dice de la proposición del divino Argüelles?—preguntó Ogirando.

—Pronto se promulgará el decreto aboliendo la tortura y el empleo de los llamados *apremios* contra los acusados, en virtud de la propuesta presentada por el gran orador,—respondió el diputado joven.—No es que la tortura se aplique con mucha frecuencia en la actualidad, pero aun así no ha caído todavía en total desuso. En cambio los *apremios* que inventó veinte años atrás el famoso y cruel Cantero se aplican, sí, abusivamente. Todo va á desaparecer ahora en virtud de las ideas del ilustre Beccaria. Las Cortes han votado por unanimidad lo propuesto por Argüelles, y sólo ha defendido débilmente la tortura el señor Hermida.

—En verdad que causan horror esos espantosos apremios. Una vez vi aplicar á un acusado, que después resultó inocente, *los grillos á salto de trucha*, y aun me dura el estremecimiento,—dijo Ogirando.—¡Quiera Dios que para nunca jamás reaparezca en España tan infame tormento!

Alguien de la tertulia murmuró algunas frases ininteligibles.

—¿Qué está V. diciendo de Fernando VII?—preguntó D.ª Margarita.—¿Que él no consentiría que se aplicasen si volviese?

—Nada, señora, nada,—contestó el interpelado.—Decía que sería una ferocidad el empleo de los grillos á salto de trucha, fuese quien quiera el que lo mandara, aunque fuera Fernando *el Deseado*.

—No solamente han quedado abolidos esos suplicios,—repuso el diputado joven,—sino que van á serlo también los señoríos jurisdiccionales y otras reliquias que nos han quedado del feudalismo, uniformándose de este modo en toda la Península la administración de justicia. Van asimismo á abolirse muchos derechos, prestaciones y privilegios inmorales y estrambóticos, incompatibles con las costumbres de un pueblo libre. Así desaparecerá, por ejemplo, la servidumbre llamada *luctuosa*.

—*¿Luctuosa?*—dijo el americano.—Y ¿qué es eso?

—Es un derecho que tiene el señor de recibir, cuando muere un padre de familia, la mejor prenda ó alhaja de la casa del difunto.

—¡Valiente consuelo para sus deudos!—exclamó León y Pizarro.

—También será abolido el derecho de *pernada*, ese vergonzoso y deshonroso tributo que debe pagar el marido para gozar libremente del derecho legítimo que le conceden sobre su esposa el contrato y la bendición nupciales.

—¡Cómo!—replicó el americano.—¿También en España existe el derecho de pernada? Yo creía que sólo era conocido en Francia, donde lo introdujo San Luis en sus *Etablissements* ú ordenanzas.

—Pues existe también en España,—contestó el diputado joven.—Los monjes de Poblet disfrutan de ese privilegio, cobrando actualmente setenta libras catalanas de la villa de Verdú en resarcimiento de uso tan profano. Ninguna dificultad cabrá en extirpar todas esas prerrogativas; pero en otras cosas habrá que ir con más cuidado y se requerirá madura reflexión. Pueden considerarse como derogados los privilegios exclusivos de hornos, molinos, almazaras, tiendas, mesones y derechos de caza y pesca; pero habrá que indemnizar tal vez á alguien. ¿Cómo no, cuando, por ejemplo, los descendientes de Guzmán *el Bueno* disfrutan del goce exclusivo de pescar atunes en Conil? No es cosa de privarles *ab irato* de esta merced, concedida á raíz de la heroica defensa de Tarifa. Lo mismo digo acerca de ciertas alcabalas y tercias que perciben algunas casas linajudas y de las fincas enajenadas de la corona, no hechas con pacto *de retro*, pues en éstas no cabe vacilación. Hay en el seno de las Cortes muchos que están por medidas radicales, y es fácil que García Herreros consiga atraer á sus ideas á muchos diputados. Es gran orador y tiene manifestado ya cuál es su criterio.—*¡Abajo todo!*—dice.—*¡Fuera señoríos y sus efectos, y de este modo todo está concluído!* ¡Bien defiende la causa el digno diputado por Soria!

—Creo como él,—dijo el americano.—No hay que reconocer otro señorío que el de la nación. En esta parte García Herreros me tendrá á su lado.

—Y de guerra ¿qué tenemos?—preguntaron á Espinosa.

IV

—Ya sabrán Vds.,—contestó el brigadier,—que Beresford está sitiando á Badajoz. En poco tiempo han debido evacuar los franceses á Olivenza y Almeida, y es de creer que ahora les pasará lo mismo. Pronto va á salir de aquí la expedición que ha de mandar el regente Blake para operar en Extremadura, y, unidos anglo-portugueses y españoles, es fácil se pueda dar una gran batalla, gloriosa para nuestras armas y provechosa para la causa de nuestra independencia.

—Mucho pueden hacer, en efecto, unidos, los ejércitos aliados,—dijo Ogirando.—Tenemos á Ballesteros en el condado de Niebla, y cabe disponer del

... derramó tiernas lágrimas al despedirse de él

lucido ejército en mal hora confiado á Peña y ahora á Zayas. Blake es un buen militar, aunque poco simpático por su excesiva frialdad y sus cortas palabras; pero si se lleva á Burriel de jefe de estado mayor tendrá un sabio asesor y consejero.

—Así se dice que será,—continuó Espinosa.

—Todo marchará perfectamente,—repuso Ogirando,—pues si bien Blake no está en los mejores términos con Wellington desde que se opuso con tanta energía á la pretensión del inglés de que se le diese el mando de las provincias fronterizas á Portugal, en cambio Castaños es muy amigo de los generales británicos y procurará conciliarlo todo. Por lo tanto, brigadier, espero pronto noticias de V. y que me escriba desde Badajoz.

—Se lo prometo á V. así, Sr. Ogirando,—contestó Espinosa,—y para entonces he de pedir á Villavicencio que mande representar en el teatro su linda comedia de V. *Los títeres*, para celebrar la derrota de los franceses.

—¿Conque conoce V. mi traducción de *Les Marionettes* de Picard?

—Y he oído también cantar á Manuel García su opereta de V. *Una travesura*. Crea V. que pasé un buen rato con la bellísima música que tiene, y que llegué á creer que el argumento era original de V. por su castizo lenguaje y la corrección que noté en el diálogo

—No, señor. No es original: es una traducción de *Une folie*, con música de Mehul. Son obrillas ligeras, al fin como de un atareado periodista, esclavo del público.

Retiráronse los tertulianos, y Ogirando, lleno de alegría, corrió á la redacción de *El Conciso* para publicar al día siguiente un número que causase profunda sensación por el cúmulo de noticias que iba á contener.

Así fué, en efecto, y el insigne periodista tuvo la satisfacción de ver agotada en una hora la primera tirada, debiendo proceder á una segunda para satisfacer la justa curiosidad del pueblo gaditano.

Espinosa recibió al día siguiente orden de incorporarse al ejército que iba á darse á la vela, y el 16 de abril se embarcó en la fragata *San Fernando*, con rumbo otra vez al condado de Niebla. Méndez iba á sus órdenes, prometiéndose volver en breve á los brazos de Matilde, que derramó tiernas lágrimas al despedirse de él.

El día 17 dieron tierra los expedicionarios, llenos de las más risueñas esperanzas.

CAPÍTULO IX

Antoñita

I

Una vez hubo tomado tierra la expedición, púsose en marcha hacia Extremadura, siguiendo la orilla izquierda del Guadiana.

El 25 de abril de 1811 llegaron las tropas á Sanlúcar del expresado río, en cuyo punto se encontraba la división Ballesteros.

Así que hubo entrado en la villa la fuerza expedicionaria presentóse á Espinosa su antiguo ayudante Luis Belmonte, que se había incorporado á la división del general asturiano.

—¿Por qué no os vinisteis á Cádiz?—le preguntó el brigadier, algo extrañado de encontrarle todavía allí donde lo dejó.

—No encontré ocasión de hacerlo, mi brigadier,—contestó Belmonte.

—Vamos, ya: sin duda esa ocasión la buscaría cierta arrepentida beldad que yo me sé; pero, de todas maneras, vuestro deber era veniros á donde yo estuviese.

—La persona que decís, mi brigadier, hace tiempo que no está aquí. No sé si habrá llegado á vuestro conocimiento que el príncipe de Lugano se casó con ella *in extremis*.

—¡Cómo! ¿Se os fugó Encarnación?

—No, no se fugó.

—Pues ¿qué pasó aquí?

—Mi brigadier, comprendió que yo no podía amarla y abandonó estos lugares.

—Pero ¿qué causa tuvo para creer que vos no pudieseis amarla, como decís?

—Hay aquí una joven, mi brigadier, que merece que yo la ame.

—¡Basta! Cometiste una mala acción, teniente Belmonte. Encarnación había dado hartas pruebas de quereros con el más completo desinterés para que os fuese tan fácilmente permitido romper vuestras relaciones con ella. No obrasteis bien: no es eso lo que era de esperar de vos.

—Mi brigadier, yo no puedo obligar á mi corazón á querer por fuerza.

—Estaba por encima de todo vuestra palabra.

—Fué una pasión fugaz, una engañadora ilusión.

—Debíais haberlo conocido desde un principio.

—¡Mi brigadier! Ya veis que una mujer como aquella...

—Os amaba, y vos le habíais hecho entender lo mismo.

—Pero después vi que me había equivocado. ¿No me creéis por eso digno, como antes, de vuestro aprecio y estimación?

—Os soy franco. Belmonte: ya entre los dos no puede existir el lazo que antes nos unía.

—¡Mi brigadier! ¿No volveré á vuestro lado?

—No: podéis retiraros.

II

Belmonte bajó la cabeza y se fué, hondamente afectado.

Antoñita, la hermosa ribereña cuya cara ya dijimos que era un fiel trasunto de las Vírgenes de Murillo, estaba esperando en su casa á Belmonte, y por rara casualidad tocóle á Espinosa alojarse en la morada de la niña.

Belmonte se encontraba con Antoñita cuando se presentó el brigadier ante ellos.

El joven palideció al verle llegar á caballo seguido de un nuevo ayudante.

Belmonte hizo el saludo, al cual contestó fríamente su antiguo jefe, retirándose á otra habitación.

Sucedía esto una deliciosa mañana de abril, llena de sol.

Sentáronse á la mesa Espinosa y el ayudante, y aproximóse Antoñita preguntándoles si querían almorzar

—No, niña,—contestó el brigadier.—Tráenos una botella de amontillado.

Antoñita fué por lo que había pedido Espinosa, compareciendo de nuevo al poco rato.

—Beberemos á tu salud, hermosa niña,—dijo el héroe.—El brigadier Espinosa te desea largos años de vida y un buen marido.

—Señor brigadier,—contestó Antoñita,—creo que mi marido habrá de ser del gusto de V. E., pues ha tenido el honor de ser su ayudante.

—¿A cuál te refieres?—repuso el brigadier.—Dos ayudantes he tenido: el uno murió á manos de un amigo de ese francés que estuvo hospedado aquí, y á quien cuidaste durante su herida; del otro sólo sabía que mantenía estrechas relaciones con la mujer que vino con nosotros, y á quien tú debiste tratar con intimidad: con Encarnación Díez, en una palabra.

—¿Belmonte tenía relaciones con Encarnación?—exclamó palideciendo Antoñita

—¿Pues no lo echaste de ver?

—¡Oh! No: yo creía que era la amante del herido.

—No: era la amante de ese que dices ha de ser tu esposo.

—¡Ya no lo será, señor brigadier!

—Tanto mejor, Antoñita.

III

Ya hemos dicho que Belmonte no había presenciado la anterior escena; pero abrigaba profundos temores de que resultase algo grave del hecho de poder hablar Espinosa con su nueva conquista.

Levantáronse el brigadier y su ayudante, y dejaron á Antoñita dominada por la emoción de aquel doloroso desengaño.

Belmonte sintió aumentarse su inquietud al ver que Antoñita no salía tras de los dos alojados, y penetró en la sala lleno de febril ansiedad.

—¿Qué te han dicho?—exclamó.

—Todo. Me has engañado villanamente. La mujer que vino con vosotros era tu querida y no la del herido. Déjame y no quieras que sigamos un momento más como hasta aquí.

—¿Quieres matarme?—replicó amargamente Belmonte.

—Me engañaste y engañaste á la otra. ¡Pobre señora! ¡Por eso vi que lloraba tanto al marcharse!

—¿Pero tú no crees que sólo te he amado á ti?

—Antes que á mí le dijiste lo mismo á aquella mujer.

—Eres cruel conmigo más de lo que merezco.

—¡Aparta!

—Cuando yo creía poder estar gozando en breve de tu amor para siempre, ¿tendrás valor bastante para lanzarme á la desesperación? Te juro, Antoñita, que esos amores de que has hablado no son dignos ni de que te fijes en ellos ni de que los comprendas. El amor del alma, la pasión pura y santa, son los que siento por ti. No me castigues más de lo que merezco. Si me amas, como dices, olvidarás mi conducta antes de conocerte para no recordar más que las felices horas que hemos pasado juntos.

—Cometiste una acción que no tiene excusa al atormentar á aquella desventurada dejándola ver que la despreciabas por un nuevo capricho.

—La fatalidad hizo que se descubriera mi amor hacia ti: yo jamás la martiricé dándoselo á comprender.

—De esta manera tu afán por que no se divulgase nuestro cariño era sólo cobarde precaución.

—¿Qué había de hacer? Te amaba, te adoraba, y

me dolía que aquella mujer que me quería sufriese al ver cuál se había desvanecido el fantasma de nuestro desvarío.

—Déjame: nada me convencerá de que te portaste traidoramente.

—Yo no me puedo portar jamás traidoramente. Te dejo Antoñita, quizás para no verte nunca más.

—¿Qué vas á hacer?

—No temas que atente á mi existencia. Si crees que he faltado en algo á las leyes del honor, sabré en el campo de batalla rehabilitar mi fama. ¿Qué exiges de mí?

—Exijo que quien tiene derecho para ello diga que eres un hombre que merece ser amado por una honrada joven.

—Espera, pues. ¡El brigadier ha de ser quien venga á pedir tu mano para mí!

Belmonte salió, quedando la joven llena de ansiedad. ¿Cómo dejar de amar á aquel bizarro mancebo, por más que le achacase el delito de una pasión anterior á la que ella le había inspirado? Sin embargo, Antoñita era noble y generosa, y le daba horror el menor vestigio de inconsecuencia ó falsía. Dejó ir en buen hora á Belmonte, resuelta á no escuchar de nuevo sus palabras si no venía redimido de su mal comportamiento con Encarnación mediante un regular balazo, ó cuando menos con una porción de citas en las órdenes del día. La única manera de quitarse de encima la acusación de desleal, femeninamente hablando, que pesaba sobre Belmonte, era dar inequívocas pruebas de no titubear en materia de andar á linternazos con los franceses. Capaz era Antoñita de absolver de los mayores crímenes y barbaridades al que demostrase ser un azote de los soldados de Napoleón. Efectos del entusiasmo por la sagrada causa de la independencia nacional, dignos de admiración y aplauso. ¡Quiera el cielo que las mujeres españolas sean en todo tiempo capaces de olvidarlo todo en aras del bien de la patria!

IV

Tambores y cornetas daban al aire sus marciales ecos: era llegada la hora de la marcha. Blake estaba contento. Por un instante ¡cosa inaudita! se había mostrado locuaz y entusiasta. Hablando con Espinosa, Ballesteros, Lardizábal, Zayas y otros oficiales generales, habíase mostrado confiado y hasta alegre. Aquello era un prodigio: nunca se había visto al general-regente tan animado. Siempre había gustado de batallar, pero nunca su semblante había demostrado la seguridad de vencer que por entonces revelaba.

Disolvióse el grupo que rodeaba á D. Joaquín, y cada uno de los generales fué á ponerse á la cabeza de las fuerzas de su mando. Espinosa quedó al frente de una brigada de la división Zayas.

De pronto vió á Belmonte que le saludaba militarmente y hacía ademán de querer hablarle.

—¿Qué queréis?—le preguntó el brigadier.

—Mi brigadier, un puesto en las filas de la brigada.

—Está bien: agregaos á los fusileros de Africa, como abanderado del primer batallón.

—Gracias, mi brigadier—contestó Belmonte.

Dadas las órdenes oportunas, quedó el ex ayudante en posesión de su nuevo cargo.

La columna salió al poco rato, y el flamante abanderado vió como Antoñita contemplaba el desfile desde lo alto de unas rocas junto al río.

Belmonte miró á la niña sin dar ninguna señal de que la conociese; pero ella no pudo contener las lágrimas al verle partir.

V

Hermoso ejército era aquel.

Componíase de las divisiones 3.ª y 4.ª del 4.º ejército, ó sea el de Cádiz, y de una vanguardia, al mando respectivo de Ballesteros, Zayas y Lardizábal. Capitaneaba la caballería D. José Loy, y era jefe de estado mayor el sabio oficial D. Antonio Burriel. Iban, además, 12 piezas de artillería. Contábase con que en tiempo oportuno se les reuniría Castaños con el 5.º cuerpo (de Extremadura y Castilla), y que el ejército anglo-portugués, al mando de Beresford, secundaría los planes del general-regente.

Todos marchaban contentos y esperanzados. A últimos de abril se encontraba el ejército español en Jerez de los Caballeros, aguardando el momento de que llegasen las tropas aliadas y las de Castaños para tomar la ofensiva.

Méndez mandaba un regimiento de caballería y hacía diariamente excursiones y reconocimientos.

Un día avanzó hasta Santa Olalla y fué hecho prisionero con varios oficiales.

No sabía que Soult había llegado allí el día antes, procedente de Sevilla.

Su excesivo valor le había perdido. El bizarro jefe no sentía la desgracia tan sólo por lo que se refería á su persona, sino, más que por nada, por los que le acompañaban.

Eran estos tres valientes oficiales de su regimiento que habían querido seguirle á reconocer un estrecho desfiladero que convenía tener presente para cuando se trabase batalla en aquella comarca. Méndez creyó distinguir reflejos de armas en la entrada de la oscura garganta y se fué allá para acabar de salir de dudas; pero antes de que hubiese llegado á la desembocadura del angosto paso se vió rodeado por varios dragones que le cortaron la retirada. Acudieron en su auxilio los oficiales, y sólo consiguieron correr la misma suerte que su querido jefe, obligados á rendirse ante la superioridad numérica de los contrarios.

Al punto fueron conducidos á presencia del duque de Dalmacia, que creyó poder sacar gran partido de la dichosa presa, seguro de que los cautivos le revelarían cuanto supiesen acerca de los planes de los aliados.

VI

El mariscal Soult les recibió con inaguantable arrogancia: conocíase que le tenía de mal humor el haber dejado las dulzuras de su serrallo de Sevilla para ir á meterse por aquellos desiertos y barros de Extremadura. A pesar de su cara de arzobispo, parecióles el mariscal un dechado de sibaritismo, un egoísta sin convicciones ni entusiasmo, curtido en las crueldades y rapiñas que señalaban su paso por todas partes, y sin nobleza para tomar jamás una resolución generosa, como sucedía á veces con Miguel Ney.

—¿Cómo os llamáis?—preguntóle Soult á Méndez.

El teniente coronel le contestó dándole razón de su nombre y cargo.

De pronto un comandante del estado mayor de Soult exclamó:

—Fué uno de los que se fugaron de Badajoz, condenados á muerte por el consejo de guerra.

—¿Quién es ese miserable que así deshonra el uniforme militar convirtiéndose en vil delator?—exclamó Méndez.

—No se fugaron,—contestó otro.—Tenían concedida la libertad por el príncipe de Lugano. Yo vi la orden.

Méndez se volvió hacia el que había dicho estas últimas palabras y reconoció con alegría á M. de la Fanfare, el antiguo comandante de la cárcel de villa durante la prisión de fray Anacleto.

—¡Gracias, mi comandante!—exclamó Méndez.—Sois siempre un digno militar.

—¡Calle!—contestó asombrado M. Firmin.—Yo os he visto en otra parte. ¿Pero dónde diablos ha sido?

—¿No os acordáis, mi comandante, del insoportable parlanchín de Piccolomini, que os venía siempre á sacar de quicio cuando guardabais en Madrid al recoleto?

—¡Pardiez! ¡El mismo sois, buena pieza! ¡Dios os perdone los terribles ratos que me disteis! ¿Conque no erais el sublime profesor de clavicordio y flauta? Bien me engañasteis, á fe mía; si bien cualquiera puede considerarse dichoso de ser burlado por hombre de tanto ingenio.

—Es favor, M. de la Fanfare,—contestó Méndez, sin atender al mariscal.

Soult le miraba, en cambio, fijamente, y dijo:

—¿Os queréis entender conmigo, coronel?

—No, señor duque,—contestó Méndez;—jamás.

—En ese caso no puedo garantizaros nada.

—No os lo pido tampoco,—replicó el prisionero.

—Quede detenido y bien custodiado,—dijo Soult, volviéndose á un oficial que estaba cercano á él.—Giraud: conducidle al depósito, lo mismo que á los demás españoles.

Giraud era el que había delatado á Méndez.

—Mucho siento,—exclamó éste cuando estaban cerca de Santa Olalla,—verme obligado á sufrir de nuevo la ignominia de tener que veros y que oiros. Sois un hombre despreciable. Podréis ser excelente carcelero, pero no un militar honrado.

—Cada uno se venga como puede,—contestó el miserable.

—¿Y de qué os tenéis de vengar vos de mí? ¿Cuándo he cometido la avilantez de dispensaros ningún favor ni de pensar en vos para causaros ningún mal?

—Yo soy hijo natural del príncipe de Lugano,

¡Todo lo que debía ser mío es de una infame manceba, á la que hizo su esposa antes de morir, y esa manceba es vuestra amiga, á la que explotáis todos!

Méndez dió un terrible bofetón al deslenguado.

—¡Bien se ve que eres hijo de una vil prostituta, infame!—exclamó indignado.

Ebrio de coraje, el impostor tiró del sable con ánimo de asesinar á Méndez, cuando se encontró de pronto detenido por dos brazos de hierro.

VII

Era M. de la Fanfare, que, intranquilo acerca de lo que podría pasarle á Méndez, le había ido siguiendo.

—¡Nos deshonráis á todos!—exclamó el digno militar.—Vuestra acción es de un cobarde. Lo que debéis hacer es salir al punto afuera, y, despojándoos de vuestro carácter de carcelero, mediros con ese hombre cara á cara y frente á frente, espada ó pistola en mano.

—Nadie os pide vuestro parecer,—contestó Giraud.—Yo me basto para saber lo que he de hacer. Retiraos al punto, y si no lo hacéis mandaré á la escolta que dispare sobre todos vosotros.

—Sois un mal nacido,—contestó La Fanfare;—pero os advierto que esos prisioneros están bajo mi protección y que me respondéis de su vida con la vuestra.

—¿Me amenazáis?—replicó Giraud.

—Os advierto.

—Vuelvo á mandaros que os retiréis.

—Y me niego á obedeceros. Por lo tanto, falto á la ordenanza y debo constituirme preso. Vuestro deber es conducirme, por consiguiente, donde quede detenido.

Giraud se mordió los labios y contestó:

—Está bien: seguid.

Los españoles y el francés llegaron de este modo hasta la casa del Ayuntamiento de Santa Olalla, en cuyos bajos quedaron encerrados, pero en distinto aposento cada uno, Méndez, Fanfare y los tres oficiales de caballería españoles.

El digno comandante se paseaba agitado por la sala que le servía de prisión.

Al día siguiente se le presentó de mañana el comandante Giraud y le manifestó que él y los demás debían ser trasladados á Córdoba, confiados á su cargo.

—Bien está,—dijo la Fanfare.

Salieron los cinco detenidos y pudieron ver formado todo el ejército de Soult, compuesto de más de 20,000 infantes, 5,000 caballos y 40 piezas de artillería. Iban al frente de las divisiones Girard, el feroz Latour-Maubourg, Godinot, Maransin y otros.

Partieron los presos, escoltados por un fuerte piquete, á pie y atados, llegando al anochecer, después de una fatigosa marcha de quince horas, á Cazalla de la Sierra.

—¡Habéis de pagarme caro vuestro insulto!—exclamó con rabioso coraje Giraud, dirigiéndose á Méndez cuando éste entraba en el lugar destinado á prisión de tránsito.

—Os daría otro bofetón si tuviese libres las manos, —contestó Méndez;—pero, á falta de ello, daos por abofeteado una y cien veces.

Y, tras de estas palabras, le volvió Méndez la cara con desdeñoso gesto.

Iba el comandante á cometer algún atentado, cuando oyéronse de pronto en la plaza grandes gritos de *¡Muera Napoleón!* y *¡Viva España!*

VIII

—¡Fuego á esa canalla!—gritó Giraud, lanzándose á la puerta para hablar á la guardia.

Poco antes de que hubiese acabado de decir tales palabras quedó inmutado al ver invadida la plaza por una inmensa multitud armada.

Los franceses se vieron rodeados en un momento por numerosa caballería, en cuyas lanzas lucían banderolas con los colores nacionales.

—¡Vivan los guerrilleros!—exclamaban las gentes del pueblo.

—¡Viva España!—contestaban los jinetes.

De pronto Méndez lanzó un grito de alegría mezclado de sorpresa al ver entrar en la estancia al jefe de la partida.

—¡Miranda!—exclamó.

—¡Méndez!—contestó el intrépido caudillo.

Era, en efecto, Miranda, que había dejado la serranía de Ronda con su guerrilla para ir á incorporarse al ejército de Blake, encontrándose inesperadamente en Cazalla con aquella fuerza enemiga.

—¡Es posible! ¡Tú aquí!—dijo Miranda.

—Caí prisionero ayer,—respondió Méndez,—con esos amigos.

—Y ¿qué tal os han tratado?

—Muy bien,—contestó Méndez.—Así es que te pido como especial favor que pongas en libertad al jefe de la escolta.

—Concedido,—contestó Miranda.

—Mil gracias, Fernando. En cuanto al comandante francés que iba preso conmigo,—repuso Méndez,—será mejor que no lo sueltes todavía, pues es una dignísima persona y los suyos podrían jugarle alguna mala pasada.

—Quédatelo, pues; aunque no sé qué le sería mejor, si volverse con los suyos, aunque debiesen fusilarle, ó tener que seguirnos en esta condenada vida que llevamos.

—Ese comandante es el que desempeñaba el cargo de jefe de la cárcel de villa cuando estaba allí fray Anacleto.

—¡Pardiez! Pues nadie le tocará un cabello. Recuerdo que se nos portó muy bien entonces y dió muestras de poseer un corazón excelente.

—Mucho que sí. Ahora he de pedirte que seas padrino mío en un duelo con ese comandante que acaba de recibir de ti su libertad.

—¿Un desafío con el jefe de la escolta?

—Precisamente. Le he abofeteado.

—Siendo así, no hay más que hablar. Pero ¿á qué vino eso?

—Vino de ciertas expresiones á propósito de una antigua espía convertida luego, por gracia del amor, en benemérita española, y otra vez vuelta ahora á poder del francés con la graduación de mariscala.

—¿De mariscala? Y ¿qué mariscala es esa?

—La princesa de Lugano. Una pasión de viejo llevó al príncipe á darle su mano en la hora de la muerte. Parece que ese comandante Giraud es hijo natural del difunto y pensaba heredar su fortuna, cuando este casamiento vino á frustrar todas sus esperanzas.

—Vamos: se comprende que, siendo así, esté desesperado.

—La daifa se enamoricó de un ayudante de Espinosa; pero el mocito la dejó plantificada á lo mejor, prendado de una ribereña de los barros de Guadiana, por lo cual la abandonada Dido volvió á los brazos del viejo, que le perdonó su escapatoria. Giraud se atrevió á decirme á la cara que esto había sido un complot urdido por nosotros, y por eso le di de bofetones.

—Al avío, pues, y despachemos pronto. Luego hablaremos largo y tendido de nuestras cosas. ¿Y Matilde?

—Tranquila y buena en Cádiz. ¿Y tu Carmen?

—En Madrid. La vi aun no hace dos meses.

—¿Que la viste? ¿Y dónde?

—¿Pues no te lo he dicho? En Madrid.

—¿Y fuiste desde la Serranía á Madrid?

—Fuí á Madrid desde la Serranía. Verdad es que fuí solo.

—Eres admirable.

—Gracias.

—¿Viste á Petra?

—No: había salido hacía poco para ir á reunirse con Garroyo. No sé si llegó á tus oídos lo que le pasó á Aráztegui.

—No sé nada.

—Estaba de coronel del regimiento de jurados, cuando de pronto desaparecieron él y la mujer de un asentista judío, sin que se volviese á saber de ellos.

—Huirían á Francia.

—No: ni los franceses ni los guerrilleros les vieron atravesar la frontera.

—Es un misterio incomprensible; pero tiempo nos quedará para hablar de ellos. Vaya: despachemos eso.

—Sí: voy á ver á tu adversario para que nombre padrinos y escoja armas y sitio. En cuanto á hora, ha de ser sin tardanza, pues deberemos partir cuanto antes.

IX

Miranda fué á encontrar á Giraud, al cual sorprendió temblando.

—Quedáis libre, señor comandante,—le dijo;—pero antes de permitiros que os incorporéis á vuestro ejército es necesario que arregléis el asunto pendiente con el señor teniente coronel Méndez, al cual lanzasteis una imperdonable injuria.

—¿Qué queréis decir?—contestó Giraud.

—Quiero decir que me designéis personas con las cuales pueda entenderme para arreglar las condiciones del duelo. En cuanto á vos, mi apadrinado os deja la elección de sitio y armas.

—¿Y á quién queréis que nombre yo padrino, si no tengo aquí ningún amigo?

—Perdonad; pero cayendo, como ha caído, prisionero un escuadrón de dragones, creo que todos y cada uno de los subalternos y soldados son dignos de que les confiéis el cargo de entender en reparar la ofensa que os ha inferido mi amigo Méndez poniéndoos la mano en el rostro.

—Está bien: id á veros con el capitán Lanjuinais y decidle que haré lo que le parezca.

Miranda fué á ver á Lanjuinais y le enteró de lo ocurrido.

—Excusado es decir, —repuso, —que desde el momento que vengo á tratar con vos es á condición de que quedáis también en plena libertad.

—Gracias, —contestó Lanjuinais. —Acepto ser testigo del comandante; pero dispensadme si no admito la libertad que me concedéis: quiero seguir la suerte del escuadrón.

—Como queráis, —repuso Miranda. —No tengo facultades para llevar más adelante mis consideraciones.

Después de algunas conferencias, se convino en que el duelo sería á pistola, á treinta y cinco pasos, pudiendo adelantar diez cada adversario, escogiéndose como sitio más á propósito la carretera.

Pusiéronse en marcha Méndez y Miranda, y al poco rato comparecieron Giraud y Lanjuinais. Contáronse los pasos, cargáronse las pistolas y se colocaron en la línea los adversarios. Dos rayas trazadas en el polvo del camino señalaron el límite de los diez pasos que cada uno debía avanzar.

Armados los dos contrarios, retiráronse los padrinos y se colocaron á un mismo lado.

—*¡Marchez!*—exclamó Lanjuinais.

A esta voz Giraud avanzó precipitadamente, y al llegar al límite de los diez pasos disparó.

Méndez, inmóvil, sintió que una bala le rozaba el cuello.

Luego hizo fuego á su vez, y oyó simultáneamente con la detonación un grito.

Giraud había caído atravesadas las sienes, falleciendo en el mismo instante.

Lanjuinais se acercó á Miranda y le dijo:

—¿Dónde hemos de enterrar el muerto?

—En el cementerio, —contestó el guerrillero. —Voy acto seguido á dar las órdenes necesarias para que se le tributen los honores militares.

Lanjuinais se acercó al cadáver y aguardó á que volviesen Miranda y Méndez.

Al cabo de poco rato oyéronse clarines de caballería. Seis dragones franceses se llevaron el cadáver sobre tres lanzas, y detrás seguía el escuadrón de Miranda

Giraud fué sepultado en la fosa común del Campo Santo, y una descarga dió la señal de quedar terminado el acto.

X

—La razón estaba de vuestra parte, —dijo Lanjuinais á Méndez. —La querida del mariscal jamás tuvo nada de común con vosotros, cuya nobleza y pundonor me constan por lo que he visto y por lo que me tenía referido el marqués de Lagarde.

—¿Conocéis á M. de Saligny?—dijo Méndez.

—Hemos sido compañeros de armas desde que servimos. El fué quien indujo á Encarnación á que se compadeciera del mariscal, volviendo á su lado, una vez que el joven á quien ella quería la hubo abandonado por una nueva pasión. Este joven sabía que Encarnación era inmensamente rica y la despreció para rendir su corazón á una humilde labradora.

—Os agradezco las frases que habéis dicho, M. de Lanjuinais, —contestó Méndez, —y sólo siento que las distintas banderas que defendemos nos impidan ser buenos y excelentes amigos.

—Donde quiera me encontréis sabré portarme como leal adversario, —contestó Lanjuinais.

—Lo mismo digo yo, —repuso Miranda; —pero creed que me daríais una vivísima alegría aceptando la libertad.

—No la quiero; mas no por eso quedo menos reconocido á vuestra generosidad.

—Como queráis, capitán.

Miranda dió orden de proseguir la marcha. El y Méndez marchaban al frente, llevando entre ambos á Lanjuinais, y detrás seguían los guerrilleros, yendo entre filas, y á caballo también, los prisioneros.

Al siguiente día, y después de haber andado casi siempre á galope tendido, llegaron á Fuentes de León, y, por fin, el 13 de mayo pudieron reunirse en Jerez de los Caballeros con las tropas de Blake.

La sorpresa de Espinosa fué tan grande como su alegría al ver rescatados á Méndez y sus compañe-

ros, y sobre todo al estrechar de nuevo la mano de Miranda.

El héroe de la serranía de Ronda fué recibido con entusiastas aclamaciones, aumentadas al ver traer prisionero al escuadrón de Giraud. Blake le felicitó, y todos á porfía querían que Miranda les contase las inauditas hazañas que de él se referían.

Lanjuinais y sus jinetes fueron destinados á Cádiz, aunque por de pronto quedaron detenidos en el castillo de Jerez, sombrío torreón perteneciente á los templarios, y en el cual es fama perecieron éstos degollados.

En cuanto á la Fanfare, dirigióse desde Cazalla á Sevilla, con ánimos de sincerarse, y sobre todo muy confiado en la pasión por Cimarosa y Mehul que compartía con él el gobernador de la plaza.

CAPÍTULO X

Noche de juego

I

Dinos ahora qué fué de ti, Miranda, desde tu llegada á España, después del complot de Viena,—exclamó Espinosa al llegar con sus amigos á su alojamiento de Jerez de los Caballeros.

—Triste recuerdo suscitas en mi ánimo,—replicó Miranda,—pues aun me dura la terrible impresión que me causó el suplicio de Staaps. Salí de Austria, y, mediante los más variados disfraces y pasando mil peripecias, conseguí llegar á Barcelona, en cuyo puerto desembarqué á primeros de febrero de 1810. Pude desde allí llegar á Tarragona, y, conducido por una fragata inglesa, me encontré en Gibraltar al principiar la primavera. Conocía yo palmo á palmo el terreno en aquel punto y contaba con buenas y leales relaciones con los serranos de la Alpujarra y los de Ronda, que habían tomado en casi su totalidad las armas y luchaban con denuedo y fortuna. Busqué una partida en que incorporarme, y, sabiendo que el alcalde de Montellano había uno de aquellos días rechazado de las calles del pueblo á los franceses, decidí ir á ponerme á sus órdenes. Encontrábame yo al frente de un numeroso grupo, cuando topamos en Grazalema con una fuerte columna que de nuevo se dirigía á Montellano á vengar la afrenta anteriormente sufrida. Recia fué la pelea que sostuvimos, hasta que no nos fué ya posible impedir por más tiempo el avance del enemigo hacia el pueblo amenazado. Yo, cierto de que iba á acaecer una catástrofe, mandé en seguida emisarios á recoger más gente, y, una vez reforzado, fuí tras de la retaguardia francesa, pero con el sentimiento de que los feroces imperiales hubiesen llegado ya á Montellano. Desde lejos vimos una inmensa hoguera; pero aun con eso oíase incesante tiroteo dentro del lugar. Era que el francés, desesperado por la resistencia heroica de aquellos moradores, había reducido á pavesas la villa, siguiendo, no obstante, la defensa casa por casa. No cesaba de retumbar el cañón; pero al vernos los franceses todo acabó y emprendieron rápidamente la retirada. Encontramos Montellano convertido en un montón de escombros. El enemigo estaba atacando á nuestra llegada el campanario y la casa de Romero. Este, rodeado de su mujer y de sus hijos, había hecho una resistencia desesperada, poniendo en jaque á más de mil franceses que le tenían cercado y le asaltaban. Lo que hizo Romero no es para creído. Los franceses caían á granel bajo el certero fuego de su fusil. Arredrados los contrarios, y contemplando con espanto aquella carnicería inaudita causada por el heroico alcalde, resolvieron atacar con artillería la morada desde que sembraba el estrago y la muerte. Tal era el significado del cañoneo que oímos al divisar á Montellano. Nuestra aparición y el

terror que sintieron los franceses al verse tan vergonzosamente rechazados por aquel solo hombre fué causa de que emprendieran la fuga. Esto conseguimos: librar á D. José Romero y á su familia de la horrible muerte á que les hubieran condenado los franceses, ávidos de saciar en él la sed de venganza que sentían. A duras penas pudimos arrancar á Romero de los escombros de su pueblo, contestando: —*Alcalde de esta villa, este es mi puesto.*

—¡Admirable comportamiento, digno de un gran

... rodeado de su mujer y de sus hijos, había hecho una resistencia desesperada...

español!—respondió Espinosa.—¡No se ha extinguido aún en nuestra patria la raza de los Villadrandos!

—Estuve luego en Tarifa, y allí escarmentamos también á los gabachos que querían entrar de rebato en la plaza, causándoles numerosas bajas y ahuyentándoles. Tomé en seguida parte en la expedición que hizo Lacy á la Serranía en junio siguiente, y, de acuerdo con Aguilar, Valdivia y Becerra, molestamos continuamente al enemigo. Más se hubiera podido hacer á haber habido mayor armonía entre las tropas de línea y nuestras partidas; pero aun con eso causamos graves pérdidas al francés.

—¿Estuvisteis mucho tiempo en la Serranía?

—Estuvimos allí todo el año pasado, obligando al cuerpo francés que sitiaba á Cádiz á separarse del de Sebastiani, alojado en Granada. Mandábanos siempre como jefe superior el general Valdenebro, y por su parte el general Begines de los Ríos nos auxiliaba con su bizarra división. Aquello fué un pelear sin tregua ni descanso, rechazando cada vez que nos atacaban á las columnas que contra nos-

otros se enviaban de Granada, Sevilla y la línea de Cádiz. Nos dispersábamos cuando nos tenían acosados de cerca, para reconcentrarnos á las pocas horas. Sólo se oían toques y gritos de guerra por montes y valles, y, no teniendo cornetas ni tambores, nos valíamos de rabeles y zampoñas. La insurrección creció así, hasta el extremo de quedar erizados de cañones los riscos más escarpados. Portáronse bien, sobre todo, las rondeñas, dignas de eterno reconocimiento. Estad seguros de que nadie ni nada será capaz de apagar el fuego que arde en las sierras. Sus naturales han querido en todo tiempo conservar su fama de invencibles, y no han de portarse menos bizarramente ahora que en otras ocasiones.

El toque de llamada hizo cesar la conversación de los tres amigos y cada uno acudió á su puesto. Todo hacía presagiar que en breve se daría la batalla que deseaba Blake.

II

Aquella tarde Lanjuinais se paseaba tristemente por la plataforma del torreón, viendo como pasaban revista las tropas españolas y oyendo claramente las voces y exclamaciones de alegre confianza en el triunfo en que prorrumpían nuestros soldados.

Estaba encargado de la custodia de los prisioneros un teniente de infantería del regimiento de Africa conocido por su desenfrenada pasión por el juego, pero en todo lo demás excelente oficial, disciplinado y valiente.

Los dragones ocupaban una de las salas altas del castillo, habiéndoseles quitado en seguída los caballos, que montaban ahora los soldados españoles.

Diego López, que así se llamaba el teniente, sentíase asaz aburrido al considerar que iba á verse obligado á hacer de carcelero, en tanto que sus camaradas se disponían á marchar á una de las batallas que prometían ser más encarnizadas, según el cariz que iban tomado las cosas. Era hombre Diego López que no supo jamás estarse quieto, y mal podía habituarse, por lo tanto, á la pasividad de un cargo que tanto contrastaba con la animación de la vida de campamento.

Aquel día estaba ya cansado de jugar al monte con el subteniente y los dos sargentos que tenía á sus órdenes, cansado de vigilar á los presos, y cansado de encontrarse á cada momento con Lanjuinais, que, no menos impaciente que él, tampoco se daba un punto de reposo, subiendo y bajando.

Por fin llegó la noche, oyéndose de continuo toques de tambores y cornetas. Encendiéronse luces en el castillo, y López mandó llamar á Lanjuinais, invitándole á cenar con él.

El francés aceptó. Aunque no sea posible ponderar la frugalidad de la cena, verdadera colación digna de un anacoreta, como tenían los dos mucho apetito, no dejaron sobre el mantel ni una migaja.

—¿Jugáis?—le preguntó Diego López á Lanjuinais.

—A dados,—contestó el francés.—Os propongo una partida, teniente.

—Acepto,—contestó López.

Principiaron á rodar los cubiletes. A media noche Diego López, pálido y sombríamente taciturno, había perdido todo cuanto poseía y la suma que se le había entregado para atender al trasporte de los prisioneros.

—Vaya: la puesta final,—exclamó.—Yo, todo lo perdido: vos, vuestra libertad y la de todos los prisioneros.

—Acepto,—contestó Lanjuinais.

Diego López echó los dados, cerrando los ojos convulsivamente.

—¡Tres!—repuso Lanjuinais.—¡Libres!

—¡Libres!—repitió maquinalmente Diego López.

Los dos jugadores se levantaron.

—Decid al subteniente Salas que se me presente, —exclamó López, dirigiéndose á un ordenanza que había permanecido en la antecámara.

El subteniente Salas, que era un gallardo ex estudiante de Alcalá, moreno y bien parecido, entró en el aposento.

—Retirad los centinelas del rastrillo y ponedlos á la puerta del dormitorio de la compañía, con orden de no permitir á nadie la salida.

Salas miró asombrado al teniente, pareciendo no haber comprendido.

—Os repito que quitéis los centinelas del rastrillo y los pongáis á la puerta del dormitorio, con la consigna de no dejar salir de allí á ningún soldado de la compañía. No me obliguéis á que tenga que repetirlo por tercera vez.

El subteniente salió, y volvió al cabo de algún tiempo, diciendo:

—Está cumplida la orden, mi teniente.

Este, que durante aquel rato había escrito una breve comunicación, repuso:

—Ahora vais á poneros en marcha en seguida para el pueblo, donde entregaréis este pliego al general Zayas, y os encargo que, fijándoos en la urgencia del caso, no os detengáis un solo minuto hasta dejarlo en sus manos. Si duerme, es preciso despertarle sin perdida de tiempo.

III

Diego López cerró el pliego cuidadosamente y lo pasó al subteniente.

Atónito éste ante las incomprensibles órdenes del comandante de la torre, salió del aposento, oyéndose al cabo de algunos momentos el galope de un caballo.

López se acercó á una ventana y vió descender por la colina al subteniente.

—Venid,—dijo volviéndose hacia Lanjuinais.

El francés le siguió, y se dirigieron á la cuadra donde estaban custodiados los prisioneros.

—Id á acostaros,—dijo Diego López á los centinelas.—Yo haré la guardia.

Los dos soldados de facción se retiraron.

Diego López entró en la cuadra y exclamó:

—¡Todos los franceses tienen libre la salida del castillo!

Los dragones se levantaron y se encaminaron, guiados por él, hacia el rastrillo.

El teniente descorrió el cerrojo y vió como iban saliendo silenciosamente.

El último de todos fué Lanjuinais.

—¿Venís?—preguntó á Diego.

—Me quedo,—contestó el teniente.

—Adiós,—repuso Lanjuinais tendiéndole la mano.

IV

Los dragones tomaron el camino opuesto á Jerez, y al cabo de una hora una hoguera encendida en la cumbre de una loma dió á comprender á Diego López que los prisioneros estaban en salvo.

El teniente permaneció en el rastrillo toda la noche, esperando que apareciesen en el sendero que conducía al torreón los hombres que él esperaba.

Al amanecer vió, en efecto, al subteniente á caballo, acompañado de un cura y de una escolta de lanceros.

Diego López, inmóvil y sereno, no se separaba del puente levadizo.

Cuando vió que la comitiva estaba ya cercana arrojó el sable al foso y se quitó las insignias que llevaba en el sombrero y en los hombros, tirándolas también.

El subteniente echó pie á tierra, y, acercándose á López, le dijo, con voz embargada por la emoción:

—¡Teniente López, entregaos preso!

Diego López dió un paso hacia él y murmuró:

—Ahí me tenéis. ¡Atadme!

Salas volvió la cabeza, profundamente afectado, haciendo como que no había oído.

Entraron todos en el castillo, y al llegar á una sala del piso bajo se detuvieron.

—¡Alto!—exclamó Salas.—Sargento, leed ese pliego.

Un sargento, con voz balbuciente, leyó lo que sigue: «En vista del resultado de la sumaria formada al teniente D. Diego López por delitos de traición é infidencia, de los cuales está confeso y convicto, según declaración escrita de su propia mano, el Consejo le condena á pena de muerte, que será ejecutada con las formalidades de costumbre.—Doy fe.—El sargento-escribano, *Segundo Martínez Vázquez.*»

—¿Tenéis algo que alegar, teniente López?—preguntó Salas.

—Nada,—contestó el reo.

—Disponeos, pues, á ser pasado por las armas. Este sacerdote os prestará su ayuda.

El cura se acercó á López y tuvo con él algunos minutos de plática.

Salas, con los ojos humedecidos de lágrimas, se acercó entonces á López y lo llevó á un oscuro rincón de la estancia.

Abrazóse á él estrechamente y exclamó:

—¿Qué has hecho? ¿Por qué no huías ó te pegabas un tiro?

—Ha de cumplirse la ordenanza,—contestó con voz entera Diego.—He faltado y hay que fusilarme.

—¿Quieres huir?

—No.

—Se hará de manera que nadie resulte culpable.

—No.

—Adiós, pues.

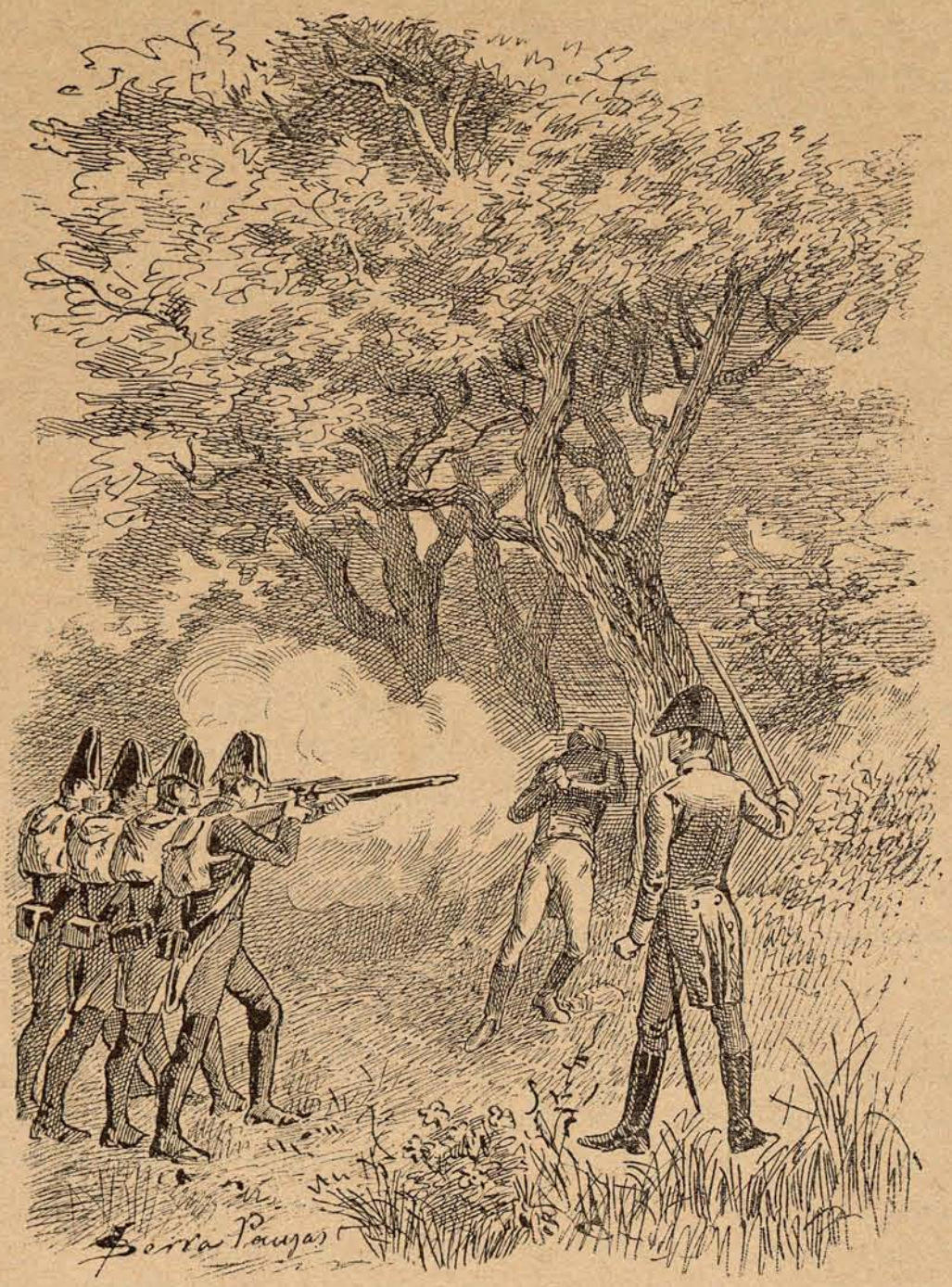
Bajaron todos al patio.

V

El sol doraba ya las almenas de la torre.

Salas montó á caballo y dió la voz de *¡marchen!* Llegaron á un bosque é hicieron alto allí. López y el cura hablaron otra vez. El teniente se arrodilló y el padre le bendijo, apartándose luego.

Formaron algunos soldados junto al subteniente. La distancia á que estaba Diego López era bastante considerable.



...López cayó al suelo

Los soldados encararon los fusiles contra el reo.

—¡Pelotón!—gritó Salas.—¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!—repuso rápidamente, sin dejar tiempo á que pudiesen tomar bien la puntería.

Resonó una detonación y López cayó al suelo.

—¡Marchen! ¡Paso redoblado!—exclamó precipitadamente.

La pequeña columna volvió al castillo, y, una vez hubieron pasado el puente levadizo todos los hombres y caballos, Salas picó el suyo y volvióse á galope hacia el lugar de la ejecución.

VI

El subteniente buscaba á López, vivo ó muerto, extrañándose mucho de no encontrarlo donde había caído.

Fué observando si podría encontrar alguna señal, y no tardó en notar huellas de un caballo en uno de los senderos, las cuales eran en dos sentidos, como si después de haber llegado hasta allí hubiese vuelto grupas la cabalgadura.

—¡Se lo han llevado!—exclamó Salas, asombrado de la extrañeza del caso.

El subteniente meditó un momento y repuso:

—Si se lo han llevado es que estaría vivo. De todas maneras, no me arrepiento de lo que he hecho. Diego López era un valiente oficial y delinquió gravísimamente. Jugó, perdió; pero él cuidará de resarcir á la patria el daño que le ha hecho soltando á esos prisioneros. ¡Ea! ¡No pensemos más en ello! Un día ú otro nos volveremos á encontrar, y entonces mediarán las explicaciones.

Salas llegó al torreón, y, así que se levantaba para darle paso el pesado puente, llegó un ayudante de Blake con orden de que la compañía que daba la guarnición del castillo fuese á incorporarse á su respectivo regimiento.

VII

A las primeras horas de la mañana salía el ejército español de Jerez de los Cáballeros y llegaba á Valverde de Leganés por la tarde, haciendo una rápida jornada. Allí encontraron á Beresford con las tropas inglesas que venían del cerco de Badajoz, levantado después de varias infructuosas tentativas contra la plaza.

No parecía que los ingenieros militares ingleses hubiesen hecho alarde de ser muy hábiles en los trabajos de trinchera.

El gobernador francés había demostrado, en cambio, ser un bravo militar, y era inútil, por lo tanto, pensar en rendir la plaza si no se conseguía antes una señalada victoria en batalla campal. Esperábase á D. Carlos de España para el día siguiente, siendo su división la última que había quedado cercando la plaza.

Los aliados habían perdido 700 hombres, entre muertos y heridos, en aquel sitio tan infructuoso en sus resultados.

Por la noche entró en el alojamiento de Miranda el subteniente Salas y le dijo:

—Mi comandante, si puedo contar con vuestra reserva, os he de decir una cosa.

—Decid,—contestó Miranda.

—Esta mañana ha sido pasado por las armas el teniente D. Diego López, confeso y convicto de haber procurado la fuga del escuadrón de dragones que hicisteis prisionero.

—Lo sé,—repuso Miranda.

—He vuelto allí para dar sepultura al cadáver y no lo he encontrado.

—¿Sabéis bien que Diego López había quedado cadáver?—exclamó el guerrillero.

—Lo supongo, mi comandante.

—Ved,—contestó Miranda alargándole un pliego.

Salas tomó el papel y leyó esto: «El teniente López, gravemente herido, queda prisionero de las tropas francesas.—*El capitán Lanjuinais.*»

—¿Lo comprendéis ahora?—repuso Miranda.—Lanjuinais conocería claramente que el oficio que os entregó López era su propia delación y quedó observando lo que iba á suceder. Seguramente se haría cargo de que vuestra intención era no matarle, puesto que así lo daba á sospechar la gran distancia á que mandasteis hacer la descarga, y, en uso del derecho de guerra, se apoderó del prisionero herido.

—Puede ser que no os equivoquéis, mi comandante. Ahora decid vos mismo qué queréis que se haga conmigo.

—Nada, Salas. Sólo os agradecería quisieseis quedaros á mi lado como ayudante de campo. Mando en jefe y con independencia mi partida.

—Mi comandante, servir á vuestro lado sería para mí la mayor honra á que pudiera aspirar.

—Muchas gracias, Salas. Seréis desde ahora mi edecán. A ver, pues, cómo os portaréis en la próxima batalla.

CAPÍTULO XI

Noche de amor

I

Las presunciones de Miranda eran ciertas. Al ser puesto en libertad Lanjuinais y los suyos, el capitán había mandado seguir á su gente hasta Cons-

palabras á Diego López. Una vez en Zafra, hubo de manifestarle que le iba á dejar allí al cuidado de la

PÍTULO XI

Noche de amor

I

. Al ser
uyos, el
a Cons-
mino al
ando lo
ubir por
olta de
irigién-
oculto.

palabras á Diego López. Una vez en Zafra, hubo de manifestarle que le iba á dejar allí al cuidado de la familia en cuya casa se hospedaban, pues él no podía menos de marchar á incorporarse á la división de Latour-Maubourg, á que pertenecía.

La casa en que estaban alojados los dos compañeros se encontraba situada en las afueras del pueblo y la habitaban tan sólo una anciana viuda y una hija suya. Lanjuinais encargó á las dos mujeres cui-

CA

Las presunciones de Miranda eran cierta
puesto en libertad Lanjuinais y los
capitán había mandado seguir á su gente ha
tantina, suponiendo encontrarían por el c
ejército de Soult, mientras él quedaba obser
que pasaba en el castillo. Al rayar el día vió
el sendero que conducía al torreón una es
caballería, que volvió á salir al poco rato,
dose precisamente al bosque en que estab
Vió formarse el pelotón á más de cincuenta

La niña, sin duda para no desmentir la fama de las mujeres de aquella tierra, alegres y burlonas cuanto adustos y taciturnos los hombres, creyó del caso deber lanzar á Lanjuinais una mirada capaz de derribar al dragón más hábil en aguantar saltos de carnero.

Era la moza alta de cuerpo, trigueña y agraciada, con grandes ojos negros, graciosa nariz y esbeltísimo talle, digna de una hurí del mahometano paraíso, que eso y mucho más se encuentra en nuestras hermosas provincias del mediodía, y no menos en las del norte, levante y occidente, sin olvidar aquel foco del centro, archivo y compendio de la gracia mujeril española, capital de la nación, más en el sentido de la sal que en el de todo lo demás.

Lanjuinais, que era pintor en sus ratos perdidos, pensó en Fragonard, pensó en Watteau, pensó en Boucher, pensó en Lavreince, y hasta llegó á pensar en Rafael; pero no, no era nada de eso, puesto que la niña presentaba todos los rasgos de una beldad de la época del célebre Abderrhamán II.

Lo primero que se le ocurrió á Lanjuinais, después de haberse sentido el corazón atravesado por amorosa flecha, fué ofrecer la rosa á la niña, deseándole á la par los buenos días.

La muchacha volvió á un lado la cabeza, divisó muy lejos el campanario de Villafranca, y, segura de que nadie la veía, aceptó la flor con una graciosa sonrisa.

—¿Vais á Villafranca, señorita?—preguntóle Lanjuinais.

—¿Yo señorita? ¡Qué risa! Soy una pobre labradora, señor capitán, y voy, en efecto, á Villafranca.

—¿Sois de allí?

—Sí; pero tuve quehacer ayer en la Fuente, de donde he salido esta mañana. Y vos ¿vais también á Villafranca?

—También voy, pues pienso encontrar allí á mi regimiento.

—No creáis eso. Yo me he topado, hará dos horas, con el ejército francés, que se dirigía camino de Santa Marta.

—Gracias, niña; pero, á la verdad, más hubiera querido que no se hubiese movido de vuestro pueblo.

—Y ¿por qué, señor capitán?

—Porque así hubiéramos hecho el camino juntos.

—¡Jesús! ¿Qué hubieran dicho al verme con un francés?

—Pues que traíais un prisionero.

—No me tengo por tan valerosa como es eso.

—¿Que no? Sois capaz de rendir un regimiento.

—Según eso, sería yo una heroína.

—Sí: una nueva Juana de Arco.

—Parecéis andaluz, que no francés, y si Napoleón llega á saberlo...

—Sabrá que soy de vuestro partido, se entiende, del partido de vuestra persona.

—Eso no cuesta nada de decir.

—Os lo probaré.

—Vaya: aceptado. Os espero esta noche aquí.

—Aquí estaré; pero no si no podéis antes darme ese clavel.

—Guardado lo tendré para vos. Venid á buscarlo.

—No faltaré.

—Á las ocho.

—Á las ocho. ¿Cómo os llamáis?

—Andrea. ¿Y vos?

—Armando.

—Hasta la noche, pues, capitán Armando.

—Hasta la noche, Andrea.

El capitán picó al caballo, volviendo la cabeza á cada momento. Finalmente, al mediodía, pasado el pueblo de Fuente del Maestre, alcanzó el ejército de Soult.

III

Lanjuinais se excusó de no haber llegado con el escuadrón libertado por la suerte que le favoreció en la fatal apuesta con Diego López alegando que se había entretenido en recoger confidencias de varios naturales de la sierra de Jerez.

Al poco rato recibió orden de presentarse al mariscal.

El duque de Dalmacia estaba inquieto y preocupado.

—¿Sois vos el capitán Lanjuinais?—le preguntó de mal humor.

—Yo soy, señor mariscal.

—Habéis demostrado ser hombre de feliz fortuna, y por eso voy á confiaros á vos un encargo que, de salir bien, puede salvar al ejército. Quizás con la dichosa estrella que os acompaña lograréis lo que no alcanzaría otro.

—¿Qué me toca hacer, señor mariscal?

—Mañana se dará, de fijo, la batalla. Faltan,

pues, muy pocas horas. Estamos á 3 leguas del ejército aliado.

Lanjuinais se estremeció.

—Nada podemos prometernos de bueno si no nos llegan refuerzos. Tiene que acudir Drouet y no aparece; tiene que acudir Erlon y no viene tampoco. Es preciso, pues, que al punto, y reventando caballos, os dirijáis camino de Córdoba á ver si los encontráis, y les digáis que se presenten aquí á marchas forzadas. Partid al punto, y entended que sabré recompensaros bien.

Pero, á la par que la sombría voz del mariscal, resonaban en los oídos de Lanjuinais unas palabras que decían con tentadora caricia: «—Hasta la noche, pues, capitán Armando.»

—Está bien, señor mariscal,—contestó el joven. —Parto al instante.

Ciego de desesperación, montó á caballo, y, traspasando la sierra, se encontró á las pocas horas en Acenchal. Dos caminos se le ofrecían allí: su deber le mandaba seguir hacia Córdoba; su pasión, si naciente, incontrastable, le arrastraba hacia Villafranca.

—¡Mi honor ante todo!—exclamó de pronto Armando.—¡Á Córdoba!

IV

Á las seis de la tarde llegaba á Almendralejo. Parecía que se hubiesen multiplicado las campanas de la villa y que con burlón tañido le repitiesen la hora para irritar más su ánimo.

—Puedo estar en Llerena esta noche,—murmuró.

En aquel momento vió pasar á una aldeana con un clavel en la cabeza, y otra vez la hechicera imagen de la mañana vino á turbar su mente.

¿Qué hacer? Si, después de todo, no conseguía encontrar á Erlon ni á Drouet; si la batalla se perdía y el ejército francés debía retirarse hacia Sevilla, sino á Madrid, tal vez jamás en su vida volvería á ver á la hermosa niña que se le había aparecido como una visión celeste, turbando la paz de su alma.

Era la noche serena y despejada, y daban tanta luz las estrellas que parecía durase todavía el crepúsculo vespertino.

—Á las ocho puedo estar en Villafranca,—dijo para sí.—Deteniéndome una hora allí, el retardo será de cinco horas. Poco influirá este tiempo en que pueda encontrar á los que busco. Tal vez es mi destino perderme para siempre. ¿Y qué me importa á mí Napoleón? ¡Basta ya! ¡Andrea es lo primero! Le di palabra.

El desventurado torció su camino, y en vez de dirigirse directamente á Llerena tomó por la vereda que conducía á Villafranca.

Daban las ocho cuando llegaba junto al roble testigo de su encuentro de por la mañana.

Una forma de mujer parecía estar allí esperando.

—¡Andrea!—exclamó Lanjuinais muy quedo.

—Habéis tenido palabra, Armando,—respondió una voz de mujer.—Tomad la flor.

El capitán sintió el roce de una mano que le entregaba un clavel.

Echó pie á tierra y vió á Andrea, sonriente y seductora como una tentación.

V

—¡Eres bella como un ángel!—exclamó Armando. —Por ti acabo de vender á mi patria, cual si esto debiese abrirme las puertas del cielo. No me engañes: ¿quieres á alguien?

—No: á nadie quiero.

—¿Y á mí?

—Bien lo merecéis, si es cierto lo que habéis dicho.

—Cierto es, por desgracia; pero no me trates ya más de vos: llámame de tú, bien mío.

—¡Te quiero!

—¿Me amas á pesar de ser francés?

—¿No dices que has vendido á tu patria?

—¡Horror! Sí.

—Pues ya no eres francés.

—¿Amas á un traidor?

—¿Traidor á quién? ¡No á mí! ¡No á los míos tampoco!

—¡Á los tuyos! Verdad es: á los tuyos no los he vendido.

—Eso no es amarme. ¡Yo valgo tanto como tu rey!

—Más, niña mía. Así es como debemos hablar. Tú has iluminado mi corazón. Yo, en verdad, á quien he vendido es al emperador, no á la Francia.

—No pienses más en ello. Cuando te he visto esta mañana me has parecido tan hermoso y tan bueno que no he llegado á comprender que fueses extranjero hasta que nos hemos separado. Entonces

he vacilado en venir; pero más ha podido en mí el deseo de verte de nuevo que no el temor de parecer desleal á la causa española, y he venido.

—Gracias por esas palabras, niña de mi alma; pero es lo cierto que muchos de mis más valientes y generosos amigos han quedado presos y cautivos de españolas que han demostrado en sus actos ser la vuestra una raza incomparable. Tú misma eres la belleza ideal y la discreción encarnadas. Cualquiera humilde mujer del pueblo parece nacida para dictar su voluntad al más bizarro militar de nuestros ejércitos.

—Gracias por esas palabras, niña de mi alma...

—Eres lisonjero en demasía.

—No lo soy, niña. ¿Cómo podría yo explicarte lo que siento? Solos estamos y sin testigos. He de confesarte que la guerra que os estamos haciendo me parece abominable, insensata y bárbara; una guerra sin razón ni justicia. Esto me hace bajar la cabeza avergonzado: me parece que cada español tiene derecho á llamarme miserable instrumento de un déspota, servil esclavo de un tirano sin conciencia ni corazón. Por otra parte, el papel que está haciendo aquí el ejército francés es indigno de su glorioso pasado: esto es pelear en un abismo, sin luz ni gloria. Lúchase y muérese oscuramente. Nada se consigue, las victorias son inútiles, las persecuciones no dan resultado, todo se agosta y languidece. El soldado francés, aburrido y siempre burlado, conviértese en inhumano y feroz, sin serlo. Perdóname, bien mío; pero á veces creo que vuestro clima africano le infiltra una crueldad que en otras partes no manifiesta. A todo esto se agrega el continuo con-

flicto ocasionado por esas mujeres como tú. Es que no estamos acostumbrados á vuestros ojos, que nos aturden y deslumbran. Cuando no tenemos enfrente los guerrilleros y las tropas, topamos con vosotras, que os encargáis de herirnos no menos fieramente. Y, sin embargo, todos los que yo conozco han sucumbido llenos de gratitud hacia su española. Sí: tengo amigos que, como yo, se han sentido presa de vehemente amor. Sus amadas se han mostrado tan nobles y tan dignas que parecían resucitar los tiempos de la caballería. Será influencia de este país, de este tiempo; resultado del choque de esas dos razas tan afines y, no obstante, tan poco conocidas; pero los amores entre franceses y españolas han sido sublimes, admirables. Ninguna ha faltado á su patria: todas han sido tan adorables como tiernas, tan heroicas como divinas.

—¿Y vuestros amigos os han contagiado el deseo de querer á una española?—dijo Andrea, dejando de tutearle.

—No te negaré que hayan dejado de influir en mí esos recuerdos; pero lo que era sólo vago temor, curiosidad anhelante, deseo vivo y atormentador, ha tomado hoy forma y nombre al encontrarte. No parece sino que iba buscándote, hasta que al fin he dado contigo.

—Soñador me parecéis.

—Venía asaz preocupado con un extraño suceso recién acaecido, y pensando en la terrible condición de los españoles, duros y tenaces, cuando te he visto. Tu rostro, dorado por los albores de la mañana, y tus ojos, inflamados por misterioso ardor, me han parecido natural emblema de tu raza. Al punto, mi corazón, que se desbordaba, se ha sentido como atenaceado y comprimido. Tu mirada me ha llenado de turbación, tu imagen me ha atraído en su vaporoso nimbo, y todo el día he visto vagar ante mí el divino contorno de tu cuerpo, á la vez que sentía agitarse mi sangre con el hervor causado por tus ardientes ojos. Como lanzan los indios envenenada flecha que amortigua los movimientos y deja entera la sensibilidad del cuerpo, me he sentido yo sin ánimo para resistir tu voz á pesar de las tormentas que se desataban en mi espíritu. Sí: me has hecho tu prisionero, has aniquilado mi voluntad, y eres dueña de todo mi ser. Ahora, quiéreme ó mátame, levántame hasta el cielo ó dime una palabra para que me hunda en el abismo de la muerte.

—Decís cosas que nunca había oído,—respondió la niña.—Yo sólo os podré repetir que os amo porque me habéis parecido antes gentil caballero y valeroso militar que hombre de otra raza y enemigo de mi patria. Si os agrado, creed, sin embargo, que no soy yo tan hermosa como os he parecido (¡oh! no), y que vuestro gusto más habrá dependido de extrañeza que de verdadero motivo.

—Eres bella como ninguna otra,—repuso con acalorado acento Lanjuinais.

—Yo os amaré á pesar de pelear contra España, porque el amor se impone y no se elige. Aunque fuerais de distinta religión, os amaría también. Pero ¡ay de mí!

—¿Qué tienes?

—Quisiera que fuese más oscura la noche de lo que es ahora. Te digo que te amo, te juro que te quiero, y, sin embargo, apenas hace algunas horas que te he visto. No creerás en la verdad de mis palabras porque he sido tan fácil en ceder á tus preguntas: quizás hubiera debido mostrarme ceñuda y ofendida y retardar días y días mi respuesta. Yo no he sido jamás esquiva ni fingida, no, Armando. No creas que haya sido fácil ni liviana con otro alguno como contigo he sido. Te he dicho demasiado; pero, si más á oscuras estuviéramos, más te diría aún. Sí: más, mucho más. Yo te amo, Armando, puedes creerlo, y no me preguntes ahora ya por qué, porque no lo sé: por lo mismo que tú me dices que me quieres. ¡Oh! ¡Cuánta claridad derraman esas estrellas! Sí: te amo, aunque todos los astros del cielo quieran deslumbrarme con su centelleo. ¿No es verdad que las estrellas son de todos, lo mismo de españoles que de franceses? Pues yo te amo como si fuese una de esas estrellas que aman á todos. Yo creo que cada una debe ser la protectora de una feliz pareja de enamorados. Vamos allá abajo, Armando, allá abajo, donde no podrás ver cómo me ruborizo, porque quiero decirte una y mil veces más que te adoro.

En aquel momento resonaron pausadamente nueve campanadas.

Armando se estremeció y permaneció inmóvil.

—¿No vienes?—exclamó Andrea.—¿Dices que me amas y no quieres oirlo de mi boca? Pues aquí no te lo diré más, porque me ahoga ese resplandor. Yo quisiera estar siempre en un sitio muy oscuro, donde no pudiese verse más luz que la de nuestros ojos.

¡Cómo relumbran los tuyos! No temas, francés; no temas que la española te venda: te habla Andrea y nadie más. ¿Qué se me da á mí lo que tú seas? Tú no sabes mi vida. Yo no tengo padre, ni madre, ni hermanos: yo soy Andrea, y, después, nada. ¿Por qué no eres, como yo, un ser sin nombre? Quizás mis padres fueron franceses: ¿qué me importa á mí lo que fueren? Pero te amo. Esta mañana, cuando te he visto, quería correr hacia ti, y decírtelo, y darte el clavel: me ha dado vergüenza y me he portado como una loquilla. Jamás nadie me había mirado aún de la manera que me has mirado tú: eso es lo cierto. Aquí me tienes. Faltemos los dos, nada me importa; falte el uno ó el otro, igual me da. Armando, te adoro. Créeme que te lo digo de verdad.

—¡Niña!—exclamó Lanjuinais.

—Déjame,—repuso Andrea.—Ahora ya no temo nada: todo te lo he dicho. Quizás todo lo que se me ha escapado de los labios lo tenía ya á punto de salir hace años.

Lanjuinais se sonrió, exclamando:

—¿Cuántos tienes?

—Veinte,—repuso Andrea;—pero yo, desde niña, desde toda mi vida, me he sentido inclinada á amar, sin poder decir á quién amaba. Cuando te he visto me ha parecido que había encontrado aquella imagen que nunca quería presentarse clara ni visible en mis horas de solitarios ensueños. Pero oye. Tú habrás visto muchas mujeres hermosas: ¿no es verdad? Ya sé yo que en París hay tales bellezas que ofuscan y enloquecen. Tú habrás sentido tal vez más de una pasión por aquellas mujeres; pero yo no, Armando: mi corazón es tan virginal como el ampo de la nieve. Sí: te lo juro, vida mía. Créeme: ni la luna es tan pura como yo. Hasta que te vi esta mañana no supe á lo que podía arrastrar el amor de un hombre. ¡Oh Armando! Esta mañana me viste risueña y alegre: mírame ahora, mírame postrada á tus pies.

Y Andrea se arrojó, al decir esto, á las plantas del capitán, que la miraba asombrado y perdida la cabeza.

Dieron las diez.

VI

Lanjuinais se pasó una mano por la frente, que estaba abrasando.

Largas horas trascurrieron, sin embargo, sin que el capitán llegase á percibir las campanadas que las iban señalando.

Por fin un ligero resplandor en el Oriente le hizo volver en sí, representándole la terrible realidad de su situación.

La niña, rendida de amor, embelesada y absorta, parecía no comprender al ver el demudado semblante del capitán.

—¡Andrea!—exclamo éste haciendo un esfuerzo.—¡Adiós! ¡Adiós! Nada me digas: sólo te ruego que no te muevas de Villafranca; pero no me busques. Después, dentro de poco, volveré, é huiremos, nos esconderemos, nos ocultaremos donde jamás pueda encontrarnos nadie. ¡Adiós! Calla: no me hables. Soy tuyo, Andrea. Sí: te amo con toda mi alma, por encima de todo, pero debo irme. ¡Pobre niña! No me hables, por piedad. Espérame aquí mismo. Ven cada día aquí á esta hora hasta que yo vuelva. ¡Oh Andrea mía!

La niña, loca de dolor, no quería desasirse de Lanjuinais; pero el joven, haciendo un violento esfuerzo, consiguió desprenderse de ella, y, montando á caballo, no tardó en desaparecer en un momento de la vista de la infeliz enamorada.

Loco de desesperación, corría el capitán como un rayo por montes y valles, salvando barrancos y torrenteras y atravesando desiertas campiñas y espesos matorrales.

A las tres de la tarde llegó á Llerena, en medio de una lluvia torrencial, á punto que entraba también en el pueblo un trajinero, que miró con insistente curiosidad al apuesto jinete.

Reparando en ello Lanjuinais, y embargado por cierta emoción, díjole al arriero:

—Paisano: ¿podríais decirme si ha ocurrido algo nuevo de ayer á hoy entre los dos ejércitos contrarios?

—¡Cómo!—replicó el interpelado.—¿Ignoráis que esta madrugada ha comenzado una batalla encarnizada?

—¿La batalla? Y ¿dónde?

—Pues en la Vega de Albuera. Desde la Casa del Toro se oían las descargas y los cañonazos al amanecer.

—¡Maldición!—exclamó Lanjuinais.

El trajinero, asombrado, vió como el francés salía del pueblo á todo escape, desandando lo que había

caminado: inútil era ya ir en busca de Erlon ni de Drouet.

Caía más furioso que nunca el aguacero, desencadenándose á la vez un terrible vendaval. El cielo estaba encapotado y no era de creer que volviese á lucir el sol.

El día se presentaba muy distinto del que amaneció en Austerlitz.

CAPÍTULO XII

La Albuera

I

El día 16 de mayo de 1811 será eternamente memorable en los fastos de nuestra historia. Aquella fecha recuerda el brillante triunfo alcanzado por las armas españolas contra las veteranas y aguerridas huestes del duque de Dalmacia, derrotadas en toda la línea.

Victoria fué que llenó de sorpresa y asombro á toda Europa, dando á comprender ser ésta la única nación capaz de hacer frente al que había vencido y humiliado á los mayores imperios y monarquías.

La Albuera es un lugarcillo situado en la carretera real de Sevilla á Badajoz, distante 4 leguas de esta última ciudad. Ocupa el centro de una vega de medio cuarto de legua de anchura por una de largo, la cual vega se eleva insensiblemente por ambos lados y forma á espaldas del pueblo una cadena de montecillos, paralela al curso del río Albuera, que corre de SO. á NO. Está formado el tal río por la confluencia de dos arroyos llamados *Nogales* y *Chicapierna*, los cuales se reunen más arriba del *Puente Nuevo*, á un cuarto de legua del S. del pueblo, que ocupa la ribera izquierda.

El terreno es despejado y llano, convertido todo él en secanos, excepto á la derecha del río, donde hay un carrascal que no deja ver la carretera hasta estar muy cerca.

El día 15, antes del anochecer, colocóse el ejército aliado en la cresta de los montecillos de la izquierda, formando el río la línea divisoria del campo de batalla.

Por la noche llegó el ejército de Blake y se colocó á la derecha de la posición, en dos líneas, compuesta la primera de las divisiones Lardizábal y Ballesteros, y la segunda de la de Zayas. La caballería de las tres naciones colocóse también en dos líneas, á la derecha de nuestra infantería. El centro lo formaron las tropas inglesas, y el ala izquierda, dispuesta perpendicularmente al ala española, los portugueses, que habían cuidado de obstruir con barricadas el Puente Nuevo, colocando, además, una batería que lo barría y se apoyaba á espaldas de la iglesia. Tanto los ingleses como los portugueses estaban extendidos en una sola línea. En el pueblo había tropas ligeras aliadas y en las inmediaciones la artillería.

Colocado ya así el ejército, llegó Castaños con seis cañones y la división España, situándose en segunda línea, á ambos lados de la división Zayas.

También compareció el general inglés Kole con dos brigadas, y, juntas con otra de Hamilton, sirvieron de segunda línea á la única que habían formado hasta entonces los anglo-portugueses.

La fuerza total de los aliados ascendía á treinta y un mil combatientes, á saber: 27,000 infantes y

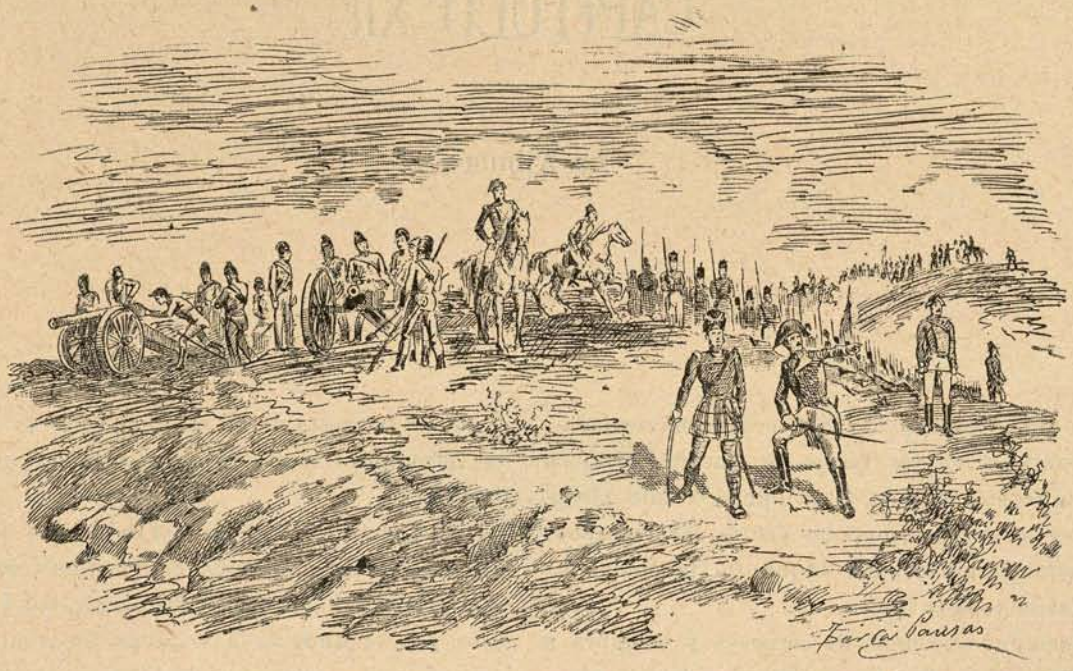
3,600 caballos. Los españoles eran 15,000: 12,000 que habían venido con Blake y 3,000 que correspondían al 5.° cuerpo, ó sea al de Castaños.

Convínose en que quedaría como general en jefe el que hubiese traído mayor número de soldados, por lo cual se encargó del mando el general Beresford.

II

Rayaba el día. El cielo se presentaba anubarrado, presagiando tempestad. Los jinetes escaramuceaban desde las cinco de la mañana con las avanzadas de las fuerzas francesas que venían por el camino de Santa Marta.

A las ocho desembocaron en el llano dos regimientos de dragones al mando del general Briche, con una batería rodada, en tanto que el general Godinot, á la cabeza de algunos batallones, mostraba querer acometer á La Albuera por el puente. Tronó



...colocóse el ejército aliado en la cresta de los montecillos...

la artillería portuguesa y pareció que iba á empeñarse una reñida acción.

Blake, Castaños y Beresford estaban á aquella hora almorzando, junto con sus estados mayores y algunos jefes, en un ribazo cerca del pueblo, entre las dos líneas españolas.

Todo parecía anunciar que el enemigo atacaría el ala izquierda ó el centro, y así lo daban ya por seguro los generales, cuando salió una voz que dijo:

—El francés atacará por aquí, por la derecha. ¡Mirad: por allí vienen!

Era quien daba tales pruebas de penetración y sagacidad el bizarro coronel alemán Herr Bertholdo Schleper, que había venido á España á servir como voluntario bajo nuestras banderas. El inteligente oficial no había perdido de vista un momento el carrascal de la opuesta orilla, frente al cual estaban formados los españoles, y, atento siempre, vió de pronto relucir las bayonetas del enemigo entre la espesura de los árboles.

—Coronel,—contestó Blake,—tenéis razón. Hacedme el favor, os lo ruego, de acercaros vos mismo á explorar los movimientos del enemigo, y llevaos algunos oficiales de estado mayor para que os auxilien.

No tardó en regresar Schleper con los militares que le habían acompañado, confirmando su anterior aserto: el francés iba á atacar por la derecha.

Blake nada dejó traslucir; pero aquello era una grave contrariedad.

Hacíase indispensable verificar un cambio general de frente sobre la derecha para evitar que el enemigo pudiese realizar el movimiento envolvente que sin duda proyectaba, fiado en la colocación del

ejército español. Había que convertir aquel flanco en frente de batalla.

Iba, por consiguiente, á demostrarse si las tropas españolas, tan valerosas y arrojadas en las refriegas, eran capaces de evolucionar con la serenidad, precisión y destreza que se hacían indispensables en tan crítica situación.

La evolución se hizo admirablemente bien.

Las tropas que estaban en segunda línea pasaron á cubrir el flanco derecho de la primera, desplegándose en batalla y formando martillo con ella.

Los ingleses quedaron sorprendidos de la rapidez y orden con que se había efectuado aquella maniobra.

Entonces empezó realmente la lucha.

III

Los enemigos habían ido adelantando por el bosque. Formaba su izquierda la caballería de Latour-Maubourg, estaba en el centro la artillería de Ruty y á la derecha dos divisiones del 5.° cuerpo con Girard al frente, viniendo detrás otra división de reserva mandada por Werle.

Luego que hubieron atravesado los dos arroyos y se encontraron á la otra parte, hicieron un movimiento de conversión sobre su diestra para ceñir el ala derecha de los aliados y cortarles el camino de la sierra, de Olivenza y de Valverde. Probablemente era su intento estrechar á los españoles contra Badajoz ó el Guadiana, para cogerles entre dos fuegos ó precisarles á arrojarse al río.

El combate se trabó, pues, por aquel lado, aunque Briche y Godinot continuaban amenazando al centro y la izquierda anglo-portuguesa.

Hemos dicho ya que la segunda línea española se había formado en batalla, cubriendo á la primera y haciendo martillo con ella. Mandábala, como queda también referido, el glorioso general Zayas, cuyas tropas fueron las primeras en resistir la terrible acometida del francés. Acudió luego Lardizábal, y por fin se empeñaron en la pelea todos los españoles, excepto dos batallones de la división Ballesteros, que quedaron haciendo frente al río Albuera.

El francés, ebrio de coraje, embestía con ímpetu furioso, y era preciso, urgente, contenerle.

Entonces la división Ballesteros, dando prueba de un arrojo y serenidad admirables arremetió con bravísima pujanza el flanco derecho de los acometedores, haciéndoles retroceder y obligándoles á suspender el fuego. Nuestra artillería les hacía mortífero fuego á corta distancia. La división española precipitóse contra la infantería de Girard como una tromba, y los franceses, no pudiendo resistir aquella avalancha, hubieron de cejar.

Girard, furioso, repartía sablazos que era un gusto; pero, aunque acudió en su auxilio la reserva de Werle, todo fué inútil: no podían unos ni otros adelantar un paso, por impedírselo Ballesteros. La infantería francesa se veía vencida por la infantería española.

Acudió, en su vista, Latour-Maubourg con sus dragones, y Ruty con su formidable artillería. Una simple división española no podía resistir tantos elementos de ataque, y los nuestros debieron declararse por de pronto en retirada, coronando al poco tiempo los franceses la cresta de las lomas que ocuparan los españoles en un principio.

Stewart, cuya división había estado formada antes junto á la de Ballesteros, voló al punto en su auxilio, poniéndose á la derecha de Zayas y dejando encargado á Kole que hiciera lo mismo. La caballería inglesa, al mando de Lumley, tomó el camino del arroyo Valdesevilla para evitar que la derecha española fuese envuelta por el enemigo, siendo entonces la nueva posición del ejército aliado perpendicular al frente en donde primero había formado.

Lleno de ardor Stewart, precipitóse contra la artillería, infantería y caballería de Girard, á la cabeza de la brigada Colburne, obligándolas á retroceder, no obstante lo desigual de sus fuerzas, cuando de pronto surgió otro grave contratiempo, por causa del cual no fué posible desalojar de las crestas de las lomas á sus nuevos ocupantes.

IV

Lo ocurrido era lo siguiente:

El vendaval no había cejado, antes bien redoblaba á cada momento con mayor furia. El agua caía á torrentes, á mares, engrosando la corriente de los arroyos, convirtiendo la llanura en un inmenso lodazal y privando de distinguir los objetos más cercanos. Las descargas de la infantería y el continuo cañoneo de la artillería habían producido, á su vez, densa humareda, y era enteramente imposible poder

discernir lo que pasaba. El enemigo podía aprovecharse de aquella confusión, y se aprovechó.

Unos cuantos regimientos de húsares y lanceros polacos, demostrando su acreditado arrojo, doblaron el flanco de los aliados y embistieron por retaguardia, introduciendo el pánico en la brigada Colburne, que ocupaba el extremo de la línea. Al verse atacados por la espalda, desbandáronse todos los regimientos menos uno, cayendo en poder de los franceses más de 800 prisioneros y 3 cañones. Entretanto la mayor parte de los polacos se habían embocado entre las dos líneas de los aliados, y, creyendo los de la segunda del centro que la primera había quedado desbaratada en toda su extensión, hicieron fuego sobre el punto en donde se encontraba Blake con su estado mayor. Todo dimanado del aguacero y del humo, que impedían distinguir las grandes masas aun á corta distancia.

Sin embargo, duró poco semejante error, y, para remediarlo en seguida, dispuso Blake que algunas compañías de dicha primera línea diesen frente á retaguardia é hiciesen fuego á los lanceros del Vístula.

La disposición del general produjo las naturales consecuencias, quedando así frustrada enteramente la valerosa tentativa de los polacos, cuya mayor parte pagaron con la vida su arrogante audacia, acuchillados por nuestra caballería.

El regimiento que había quedado entero cuando la desgracia de la brigada Colburne, sirvió de base para atacar de nuevo á los franceses. Ayudado por Zayas, continuó Stewart la comenzada tentativa para reconquistar las perdidas posiciones de la derecha, en tanto que la caballería del ejército de Castaños, al mando del conde de Penne Villemur, reprimía al enemigo por el llano.

Al mediodía combatíase encarnizadamente en toda la línea. El tiempo se había serenado algo, permitiendo ya obrar á las claras. La lucha habíase tornado porfiada y sangrienta. Hacíanse las descargas á medio tiro de fusil, cruzábanse las más atroces imprecaciones de uno á otro lado, el vocerío de españoles y franceses era indescriptible, y confundíanse de una parte y otra los rugidos y las descargas. Sólo los ingleses, silenciosos como siempre, hacían fuego como hileras de terribles estatuas.

Todos combatían: combatían las tropas portuguesas que guarnecían el primitivo frente de batalla, defendiendo el puente; combatíase en la defensa del pueblecillo; combatíase en el ala derecha, y los franceses se veían rechazados en todas partes, y ya faltaba únicamente arrojarlos de las posiciones que habían conquistado en las lomas de la derecha.

En medio de aquel espantoso fuego era de ver un soldado que se encontraba siempre en primera línea animando á los demás. Era él quien más gallardamente se había portado en la arremetida que había dado Ballesteros al principio, cuando hizo retroceder á Girard, y él era quien ahora se distinguía en los combates parciales contra Latour-Maubourg, á las órdenes de Zayas. Parecía que el intento de aquel hombre era buscar la muerte ó satisfacer una profundísima ambición.

Espinosa, que mandaba una brigada de la división Zayas, le hablaba en tono respetuoso y deferente; Stewar le saludaba cada vez que le veía; los soldados le llamaban *mi general*, y, sin embargo, llevaba uniforme de soldado raso.

Aquel valiente era D. Gabriel de Mendizábal, que, deseoso de recobrar su honra militar, lastimada en el descalabro de Gévora, peleaba como voluntario en las avanzadas y puestos de mayor peligro; rasgo digno de tan pundonoroso guerrero. La prueba bastó para afirmar su reputación, y el concepto público le devolvió entera y brillante su anterior nombradía.

V

Soult se veía perdido y quiso intentar un supremo y último esfuerzo.

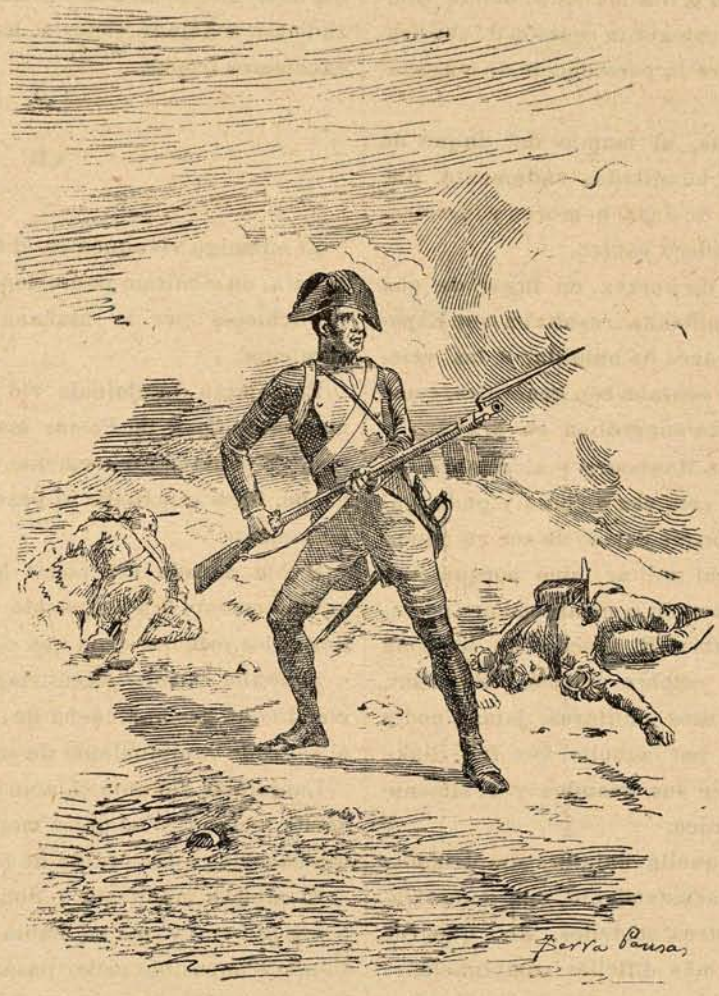
Hizo formar su ejército en masas paralelas y arrojólo contra las líneas de los aliados, al objeto de ver si podía romperlas. Terrible fué el choque; pero, en vez de arredrarse españoles y anglo-portugueses, sintiéronse poseídos de sobrehumano arrojo.

Kole, al frente de las brigadas Harvey y Myers, lanzóse á la carga contra el enemigo. Quedóse él con la primera, y mandó á Myers que fuese á socorrer á Stewart. Al poco rato Stewart caía herido y Myers y Hougton muertos. Kole recibía un balazo casi al mismo tiempo, en tanto que los franceses veían sucumbir á Papen y Werle y tenían que retirar á Gazan, Maransin y Bruyer fuera de combate.

Atacado Blake por los granaderos y reserva del

ejército francés, que por cuarta vez repetían su embestida, los rechazaba, causándoles grandes pérdidas. Pasó una bala rozándole el cuello al general, mientras á su lado caía exhalando el postrer suspiro el oficial de estado mayor D. Emeterio Velarde, exclamando al espirar: «—¡Nada importa mi muerte si hemos ganado la batalla!» Palabras que ha recogido la historia y son dignas de eterna recordación.

También quedó herido cierto general español de origen francés; pero no merece que se cite su nombre al lado del de los nobles combatientes de que hemos dado noticia. ¡Baldón eterno sobre el verdugo de Cataluña, sobre el infame traïdor cuyo recuerdo horroriza todavía hoy á los que tuvieron la desgracia de verle una sola vez!



...peleaba... en las avanzadas y puestos de mayor peligro...

VI

Entusiasmado el caballeresco Zayas por las brillantes cargas de Harvey y Kole, y deseoso de emularlos, manda á sus tropas formar en columna cerrada, pónese al frente y grita:

—¡A la bayoneta! ¡Carguen!

Lánzase impetuosamente contra las armas francesas aquella impotente falange, y, pasmado ante tal arrojo el enemigo, titubea, oscila, vuelve la espalda, arremolínase y huye.

La batalla estaba ganada. El pánico del enemigo no tuvo límites. Aquellos franceses, resueltos á arrojar á los aliados sobre el Guadiana ó á lanzarlos contra los muros de Badajoz, retrocedían despavoridos, despeñándose desde lo alto de las crestas ladera abajo, cayendo los soldados unos sobre otros, rodando por la pendiente, y viendo como los españo-

les eran otra vez dueños de las posiciones con tanto brío reconquistadas. Gracias á su numerosa caballería pudo conseguir el enemigo que la retirada no fuese un verdadero desastre como el nuestro de Ocaña. Repasaron, pues, los arroyos, y situáronse en las eminencias de la orilla derecha, donde colocaron artillería para proteger la reunión de sus desbandadas huestes contra la persecución de los españoles.

Las armas francesas, al mando del duque de Dalmacia, habían sido humilladas rudamente. Sus pérdidas subían á más de 8,000 hombres y la retirada había sido un verdadero pánico.

Al cabo de tres años de guerra, en lugar de una nación sin aliento ni confianza, resultaba que España poseía ejércitos capaces de humillar á las veteranas tropas de Soult y contaba con generales, como Ballesteros y Zayas, que superaban en bravura y arrojo al famoso Latour-Maubourg y al célebre Girard. Blake mismo fué esta vez dichoso y pudo ganar una batalla, no porque dejase de ser un entendido y bizarrísimo y leal militar, sino porque hay buenos generales que se ven constantemente perseguidos por la mala sombra. El sucesor de Massena en Castilla la Vieja, el célebre mariscal Marmont, era también uno de esos militares: jamás podía ganar. Gracias á Dios, por aquella vez fué Blake afortunado y pudo lucir sus grandes y realmente superiores dotes de táctico.

No fué, en efecto, aquella batalla, simplemente una lucha llena de encarnizamiento, una demostración del valor de nuestros soldados, sino que fué menester acudir á las más difíciles combinaciones de la táctica para cambiar con orden y rapidez las disposiciones de las líneas. Los regimientos españoles maniobraron admirablemente, las evoluciones se hicieron con acabada maestría, y desde aquella jornada púdose contar con un ejército digno de figurar al lado de los más adiestrados.

La Albuera fué el triunfo de la inteligencia tanto como del valor. Sin los cambios de frente tan gallardamente ejecutados, quizás no se hubiera alcanzado tan señalada victoria. España contaba ya con excelentes tropas.

VII

El enemigo vivaqueó en el bosque y dehesa de la Natera, en el mismo punto donde lo había descubierto Schleper por la mañana, y allí pasó el día siguiente.

El capitán Lanjuinais vió desde lo alto de los montes de Corte de Peleas las hogueras del vivac francés brillando tristemente en la oscuridad de la noche. Puso su caballo al paso corto y fué bajando lentamente.

Había durado tan pocas horas la jornada que evidentemente era imposible que hubiesen podido llegar los refuerzos con que contaba Soult.

¿Qué iba á decir? ¿Mentiría? ¿Se haría fusilar diciendo que por una noche de amor había olvidado el sagrado cumplimiento de su deber?

Lanjuinais vió ante él, sonriente y seductora, una carita morena, y no quiso morir. Ninguna culpa podía caberle en la pérdida de la batalla.

El capitán manifestó á Soult que había llegado hasta Llerena y que no había encontrado á nadie, siéndole imposible poder pasar más adelante porque le había salido al paso una guerrilla, persiguiéndole hasta cerca del campamento.

Soult, indiferente, se encogió de hombros.